

DIALOGOS DE PAZ
Poetas Contemporáneos
en Conversación
con los Clásicos Hispánicos

Ensayo por
Giovanni Campisi



Edizioni Universum

Los derechos de traducción, almacenamiento electrónico, reproducción y adaptación total o parcial, por cualquier medio (incluidos microfilmes y copias fotostáticas), están reservados para todos los países. El editor podrá conceder la autorización para reproducir una porción no superior a una décima parte del presente volumen. Las solicitudes de reproducción deben dirigirse a Edizioni Universum, Via Italia 6, Capri Leone (ME) 98070, Italia, Unión Europea. Correo electrónico: edizioni.universum@hotmail.it Tel. 0039 331 844 4673

1ª EDICIÓN: abril de 2026
Autor: Giovanni Campisi
Título: DIALOGOS DE PAZ
Subtítulo: Poetas Contemporáneos
en Conversación con los Clásicos Hispánicos
Revisión de Patricia Mónica Vena
En la portada: “Donde caen las bombas,
el arte levanta puentes hacia la esperanza”
Pintura de Giovanni Campisi

Impresión digital

Copyright © 2026 por Edizioni Universum
Sede legal: Via Giovanni Pedrotti 2 – 38121 Trento
Sede administrativa: Via Italia 6 – 98070 Capri Leone (ME)
Correo electrónico: edizioni.universum@hotmail.it
Tel. 0039 331 844 4673
Sitio web: eduniversum.altervista.org
Propiedad literaria reservada – Impreso en Italia

Prefacio

Este volumen nace de una convicción profunda: la poesía, en todas sus épocas, es un territorio donde la humanidad se reconoce, se interroga y se abraza. Las voces contemporáneas que aquí se reúnen — procedentes de España, América Latina, Israel, Italia, Austria y otros horizontes culturales— dialogan con los grandes autores de la tradición hispánica no para imitarlos, sino para continuar una conversación que nunca ha dejado de resonar: la conversación sobre la paz, la dignidad, la memoria y la esperanza.

Cada análisis comparativo que compone este libro es un puente. Un puente entre tiempos, entre sensibilidades, entre heridas y anhelos. Los poetas actuales escriben desde un mundo convulsionado por guerras, exilios, desigualdades y pérdidas; los clásicos, desde sus propios abismos históricos y espirituales. Pero todos comparten un mismo impulso: transformar el dolor en palabra, la palabra en conciencia y la conciencia en un gesto de humanidad.

En estas páginas, la paz no aparece como un concepto abstracto ni como un ideal distante. Surge como una tarea íntima, ética, cotidiana. Para algunos autores, la paz es un legado; para otros, una herida

que aún sangra; para otros, una flor que insiste en abrirse incluso bajo el rocío helado del sufrimiento. Los clásicos hispánicos —Machado, Quevedo, Bécquer, Lugones, Maragall, Vallejo— no son figuras de museo: son interlocutores vivos que iluminan, cuestionan y enriquecen la lectura de los poetas contemporáneos.

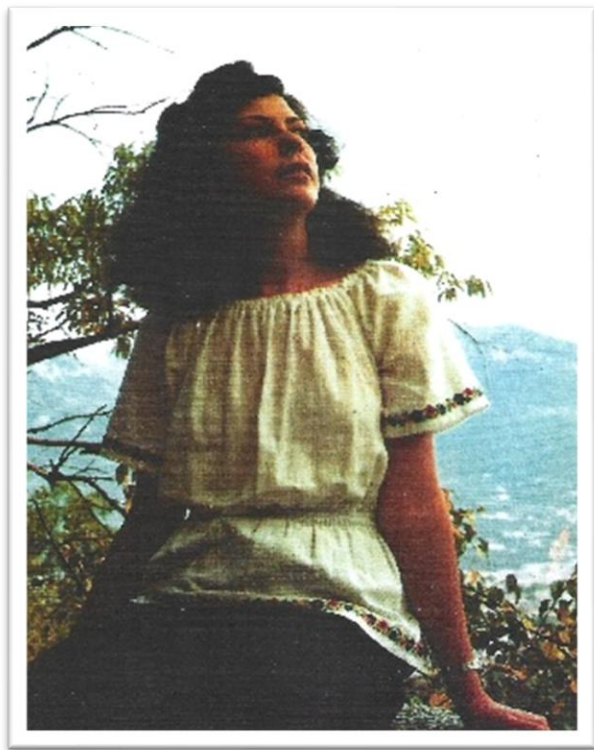
Este libro propone, por tanto, una lectura doble: mirar el presente con los ojos del pasado y mirar el pasado con la sensibilidad del presente. En ese cruce de miradas surge una verdad luminosa: la poesía es un acto de resistencia, un refugio, una brújula moral. Y, sobre todo, un espacio donde nadie debe quedar atrás.

Que estas páginas inviten al lector a escuchar las voces que aquí se encuentran, a reconocer en ellas un eco propio y a descubrir que, incluso en los tiempos más oscuros, la palabra sigue siendo un lugar donde la paz puede nacer.

Porque la paz —como la poesía— es un diálogo. Y este libro es una invitación a participar en él.

G. Campisi

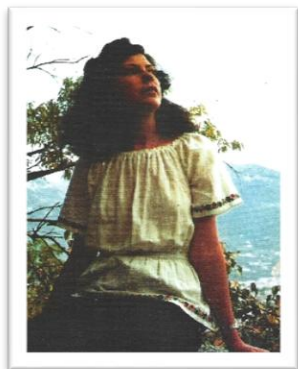
**Diálogos de Paz:
Poetas Contemporáneos
en Conversación
con los Clásicos Hispánicos**



*A mi amadísima esposa **Renza Agnelli**, poeta, escritora y ensayista, quien dedicó su vida a la enseñanza y a la cultura de la paz a través de sus innumerables obras literarias.*

NADIE DEBE QUEDARSE ATRÁS

Renza Agnelli



Con el corazón lleno de dolor,
dejo este mundo herido por las guerras,
donde el llanto de los pueblos
se mezcla con el viento
y la esperanza se aferra a las estrellas.

En el lugar donde mi alma descansará,
rezaré por una paz que no conozca límites,
por quien ha leído mis obras literarias
y por quien las descubrirá en el tiempo que vendrá.

Seré madre para todos,
como lo fui para mis alumnos,
que aún llevan en el corazón
las semillas de amor, de solidaridad y de respeto
que juntos hemos cultivado.

Mi credo es simple y eterno:
nadie debe quedar atrás.
Cada ser humano merece su luz,
su ocasión, su camino.

Rocca di Capri Leone, 6 de junio de 2025

Maestra, poeta, escritora y ensayista, **Renza Agnelli** fue una figura de gran prestigio cultural, marcada por una fuerte vocación tanto para la enseñanza como para la escritura, dos caminos que en su vida siempre caminaron juntos. Desde niña mostró un talento precoz para la poesía, y a los dieciséis años sorprendió al mundo literario con un extenso análisis de más de trescientas páginas sobre los acontecimientos que rodearon la muerte del presidente estadounidense John Fitzgerald Kennedy. A lo largo de su trayectoria creó más de **quinientas obras** entre narrativa, ensayo y poesía, consolidándose como una autora prolífica y versátil. Su último libro narrativo, *El Retrato de Lady Jane*, apareció en agosto, publicado poco después de su fallecimiento, como testimonio final de una vida dedicada por completo a la palabra.

**“La paz como legado y como misión:
Renza Agnelli en diálogo
con Antonio Machado”**

La poesía de Renza Agnelli en *Nadie debe quedarse atrás* se presenta como un testamento espiritual, un último gesto de amor hacia el mundo que abandona. Desde el primer verso —“Con el corazón lleno de dolor, / dejo este mundo herido por las guerras”— la autora sitúa su voz en un umbral: habla desde la despedida, pero también desde la continuidad. Su mirada abarca la tierra devastada, el llanto de los pueblos, la esperanza que se aferra a las estrellas. Y, sin embargo, en medio de ese dolor, su palabra no se vuelve amarga: se vuelve maternal. Renza se declara “madre para todos”, como lo fue para sus alumnos, y convierte la poesía en un acto de cuidado, en una siembra de amor, solidaridad y respeto.

Esta dimensión ética y afectiva encuentra un eco profundo en la obra de **Antonio Machado**, uno de los grandes clásicos de la poesía española. Machado, especialmente en *Campos de Castilla*, también contempla un mundo herido —por la injusticia, por la pobreza, por la violencia— y responde a él con una mezcla de dolor y esperanza. Su poesía no es solo contemplación: es responsabilidad moral. En poemas como *El mañana efímero* o *A un olmo seco*, la esperanza se convierte en un acto de resistencia,

en un gesto de fe en la dignidad humana incluso cuando todo parece perdido.

La afinidad entre ambos poetas es evidente. Renza Agnelli, como Machado, entiende la paz no como un estado abstracto, sino como una tarea humana que nace del interior: “Marchemos hacia la paz / primero en el alma”. Machado habría reconocido en estos versos su propia convicción de que la transformación del mundo comienza por la transformación del corazón. Ambos poetas conciben la paz como un camino ético, íntimo, que luego se proyecta hacia la comunidad.

Sin embargo, la diferencia entre ellos es reveladora. Machado escribe desde la tierra, desde el paisaje castellano, desde la historia colectiva de España. Su voz es la de un caminante que observa, reflexiona y denuncia. Renza Agnelli, en cambio, escribe desde un lugar liminar, casi trascendente: habla desde la despedida, desde la conciencia de que su alma “descansará” en otro espacio. Su poema tiene la forma de una bendición, de un legado dirigido a quienes la leyeron y a quienes la leerán. Donde Machado camina, Renza acompaña; donde él observa el mundo, ella lo abraza.

Y sin embargo, ambos comparten un núcleo ético inconfundible: la idea de que nadie debe quedar atrás. Machado lo expresa en su defensa de los humildes, de los olvidados, de los que sufren en silencio. Renza lo formula como un credo: “Mi credo es simple y eterno: / nadie debe quedar atrás.” Esta frase podría haber sido escrita por Machado,

cuya poesía siempre buscó dar voz a quienes no la tenían.

Hay también una afinidad en la manera en que ambos poetas conciben la esperanza. Machado la encuentra en el brote verde del olmo seco; Renza en la estrella a la que se aferra la esperanza, en la oración que promete ofrecer “por una paz que no conozca límites”. En ambos, la esperanza no es ingenuidad: es un acto de voluntad, un compromiso con la vida incluso cuando la vida duele.

Así, *Nadie debe quedarse atrás* puede leerse como una prolongación contemporánea del impulso machadiano: la poesía como responsabilidad moral, como gesto de amor hacia la humanidad, como siembra de luz en un mundo herido. Renza Agnelli, desde su voz maternal y luminosa, recoge esa tradición y la transforma en un legado íntimo, dirigido a todos, sin excepción.

Ambos poetas, cada uno desde su tiempo y su sensibilidad, nos recuerdan que la paz no es solo un deseo: es una misión. Una misión que empieza en el alma y se extiende hacia el mundo. Una misión que, como la poesía, no deja a nadie atrás.

G. Campisi

Cierra tus ojos y sueña,
Que los cielos cálidos están impregnados de azul reflejo del mar.
Cierra tus ojos y sueña que el verde que habita es esperanza
Cierra tus ojos y sueña que los rojos carmesíes son vida y no dolor

GUERRA Y PAZ

María del Carmen Aranda

Y se me funden las palabras
batidas con la sangre de los muertos.

Y se me nubla la mente
escuchando los gritos silenciados
de “niños perdidos
ausentes de amor”.

Y se me retuercen las entrañas
de ver hipócritas sonrisas,
sintiendo como ácidas puñaladas
el picoteo de un cuervo
vaciándome el interior.

Miradas impuras,
perniciosas,
vestidas con la fina tela
de la depravación.

Y se me ahogan las palabras
y se me funden batidas
con la sangre de los muertos
que en vida viven.
Muertos deambulando

desnudos,
buscando ser envueltos
por el dulce color
del amor.

María del Carmen Aranda Escritora y poeta- madrileña. Es vicepresidente de la Academia Norteamericana de Literatura Moderna Internacional (ANLMI) y de Honor de la ONG “Otro Mundo es Posible”. Ocupa varias membresías como en la Academia Internacional de Ciencias, Tecnología, Educación y Humanidades de Valencia y Academia de Letras y Artes de Guinea-Bissau, asumiendo la responsabilidad de delegada de Relaciones Nacionales/Internacionales de la Asociación de Escritores de Madrid (AEM). Embajadora de la Paz del Círculo de Embajadores con sede en París-Francia y Ginebra-Suiza. De sus publicaciones: Flores entre Escombros, Las Ventanas del Mundo, Susurros al Aire o la Quinta Clave, ha recibido distinciones especiales de distintos organismos tanto de Latinoamérica / EEUU como de su tierra natal, España. Entre ellos, la traducción en formato audio para la Organización Nacional de Ciegos en España (ONCE) y el estudio y análisis en la Universidad de Baylor -Texas (EEUU) de su libro Flores entre Escombros. Prologuista y con más de una veintena de antologías, ha impartido conferencias en la Universidad Nacional Federico Villareal de Lima (UNFV) sobre la literatura sin censura. Participante en mesas redondas en el Ateneo de Madrid, Biblioteca Pública de Retiro entre otras en distintas provincias de España. En mayo de 2023 fue panelista en la sede de las Naciones Unidas (EEUU) donde expuso La Importancia de la Lengua Española como Interconexión Cultural en el Plano de la Educación.

María del Carmen Aranda y Francisco de Quevedo: dos miradas madrileñas hacia la herida del mundo

Leer *Guerra y Paz* de María del Carmen Aranda es entrar en un territorio donde la palabra se quiebra, se ahoga, se funde con la sangre de los muertos. La poeta escribe desde un estremecimiento interior que no busca embellecer la tragedia, sino mostrarla tal como se siente: áspera, hiriente, casi insoportable. Su voz no describe la guerra: la padece. No observa el dolor: lo encarna. Cada verso es un latido oscuro, una respiración entrecortada, un intento de nombrar lo innombrable.

Esa intensidad emocional, esa crudeza sin filtros, encuentra un eco sorprendente en la obra de **Francisco de Quevedo**, uno de los grandes escritores del Siglo de Oro madrileño. Quevedo, en sus poemas más graves — los de la muerte, la corrupción, la hipocresía humana— también escribe desde un temblor interior. Su mirada es feroz, lúcida, implacable: ve la podredumbre moral detrás de las sonrisas, la falsedad detrás de los gestos, la violencia escondida en la vida cotidiana. Aranda, desde otro tiempo y otra sensibilidad, hace algo muy parecido: desnuda la hipocresía, señala las “miradas impuras”, denuncia las sonrisas que ocultan la depravación.

Ambos poetas comparten una capacidad singular para **convertir el dolor en imagen física**. En Aranda, el cuervo que picotea el interior es una metáfora viva, casi táctil, del desgarró emocional. En Quevedo, la muerte y

la corrupción también se vuelven cuerpos, olores, heridas. Los dos escriben desde un realismo visceral que no teme mostrar la crudeza del mundo.

Pero hay algo más profundo que los une: **la conciencia de que la palabra se rompe ante el horror.** Aranda lo dice explícitamente: las palabras se le funden, se le ahogan, se mezclan con la sangre de los muertos. Quevedo, en muchos de sus poemas más sombríos, también muestra una lengua que se quiebra, que se queda sin aliento ante la certeza de la muerte y la miseria humana. Ambos saben que el lenguaje es insuficiente cuando la realidad duele demasiado.

Y sin embargo, en medio de esa oscuridad, aparece un gesto de humanidad. Aranda imagina a los “muertos deambulando desnudos” buscando el color del amor. Quevedo, incluso en su visión más amarga, reconoce que el ser humano sigue deseando luz, belleza, consuelo. Los dos poetas, cada uno a su manera, dejan abierta una grieta por donde entra la esperanza, aunque sea tenue, aunque sea frágil.

Así, puestos uno frente al otro, María del Carmen Aranda y Francisco de Quevedo parecen conversar desde dos Madrid distintos —uno contemporáneo, otro barroco— pero con una misma sensibilidad: la certeza de que la guerra, la violencia y la hipocresía no son solo hechos históricos, sino heridas que atraviesan el alma humana. Y que la poesía, aun cuando se ahoga, aun cuando se quiebra, sigue siendo el lugar donde esas heridas pueden ser nombradas.

G. Campisi

LA FLOR DE LA PAZ

María Cristina Azcona

Abre sus pétalos de terciopelo
Mientras la cubre gélido rocío
Hecho de lágrimas que forman río,
De los que sufren sin tener consuelo.

Rosa el fulgor ya desvanece el frío
De su color bajo un celeste cielo.
Ya ni el dolor, el miedo o el flagelo
Sobreviven ante su aroma pío.

Quiere darnos paz bajo un sol dorado,
Esmeralda el cáliz, la faz sedosa...
Sentir que al fin el mundo está cambiado...

Flor que nos da su fruto, generosa...
¡Debería crecer sobre este prado!
¡En vez de muerte vil y guerra odiosa!

María Cristina Azcona - Poeta y escritora bilingüe de reconocimiento internacional, psicopedagoga y psicoterapeuta, fundadora presidente de Worldwide Peace Organization www.wwpo.org, 11 libros publicados.

María Cristina Azcona y Leopoldo Lugones: dos maneras argentinas de imaginar la paz y la luz

La flor de la paz de María Cristina Azcona es un poema que se abre como la misma flor que describe: con suavidad, con un brillo íntimo, con un deseo profundo de transformar el dolor en esperanza. La poeta construye una imagen central —la flor— que funciona como símbolo de consuelo, de renacimiento y de armonía. Sus versos están llenos de colores, de texturas, de sensaciones táctiles y luminosas: pétalos de terciopelo, rocío helado, un cielo celeste, un cáliz esmeralda. La paz, en su visión, no es una abstracción: es una presencia viva, casi palpable, que se despliega en la naturaleza como una promesa.

Esta manera de trabajar con el símbolo y con la luz encuentra un eco profundo en la obra de **Leopoldo Lugones**, uno de los grandes poetas argentinos de comienzos del siglo XX. Lugones, especialmente en *Lunario sentimental* y en sus poemas más líricos, también utiliza la naturaleza como un escenario donde se manifiestan fuerzas espirituales: la luna, las estrellas, los colores, los brillos metálicos o celestes. Su poesía está llena de

imágenes que buscan elevar la mirada del lector hacia un plano más alto, más puro, más ideal.

En Azcona, la flor es un emblema de paz que vence al miedo, al dolor y al flagelo. En Lugones, la luz —ya sea lunar, solar o estelar— también aparece como una fuerza que purifica, que ordena, que revela. Ambos poetas comparten la convicción de que la belleza natural puede convertirse en un camino hacia la armonía interior.

Pero hay algo más que los une: **la musicalidad del verso**. Azcona escribe con un ritmo clásico, con rima consonante, con una cadencia que recuerda a los sonetos tradicionales. Lugones, aunque más experimental, también cultivó la forma clásica con una maestría sonora que marcó a toda una generación. Los dos entienden que la paz —como la poesía— necesita un orden, una estructura, una armonía interna.

Sin embargo, la afinidad más profunda entre ambos está en la **mirada ética**. Azcona no se limita a describir una flor: la convierte en un llamado. Su poema termina con un deseo claro: que esa flor crezca en el prado en lugar de la guerra y la muerte. Lugones, aunque más ambiguo en su relación con la política y la historia, también escribió poemas donde la naturaleza y la belleza funcionan como refugio ante la violencia del mundo moderno. En ambos

casos, la poesía se vuelve un espacio de resistencia espiritual.

Así, puestos uno frente al otro, María Cristina Azcona y Leopoldo Lugones parecen conversar desde dos momentos distintos de la literatura argentina, pero con una sensibilidad compartida: la certeza de que la luz, la belleza y la naturaleza pueden ofrecer un camino hacia la paz. Y que la poesía, cuando se escribe desde la claridad del corazón, puede convertirse en una flor que ilumina incluso los tiempos más oscuros.

G. Campisi

EN TANTO QUE SE OXIDAN LAS ESPADAS

Antonia María Carrascal

*Todo es culpa del lujoso oro: no había guerras
cuando presidía el banquete una copa de haya*

ALBIO TIBULO (54 -19 A.C.)

Cuando enseño a los niños a apreciar
los tesoros del cofre de su entorno:
las plantas y los árboles,
animales y demás seres humanos;
cuando mantengo limpia mi ciudad,
mi casa, mi conciencia, y no tiro la ropa
—hasta ver que ha llegado al deterioro—
ni mantengo el hogar tan abrigado
que se haga necesario el desabrigo,
me siento en paz conmigo misma.

Cuando pago mis impuestos
para que todos gocemos
los beneficios que la sociedad concede,
cuando arrojo las sobras donde corresponde
y evito el menosprecio
del altar de la tierra y de las aguas,
cuando empleo los medios de transporte
solo para buscar
lo que es imprescindible y no alcanzan mis pasos,
me hallo en paz conmigo misma.

Cuando veo la lluvia que se abate
oportuna en los campos
y entiendo que los bosques protegen,
procuran el remedio a las carencias
que pueda padecer el ser humano,
me siento en paz, feliz y afortunada.

No quiero la paz que se consigue
después del genocidio de la guerra
ni la encuentro debajo de hogares calcinados.
Sean bosques y viñas en los campos los próximos ejércitos
y en tanto que se oxidan las espadas
tallemos en madera las copas para el vino.

Antonia María Carrascal, autora nacida en Sevilla y residente en Carmona. Es miembro del colectivo de socios del **Ateneo de Sevilla**; del Centro Andaluz de las Letras (**C.A.L.**) la Asociación Colegial de Escritores (**A.C.E.**) y la Asociación Andaluza de Escritores y Críticos Literarios “Críticos del Sur” (**A.A.E.C.**). Autora de libros de poesía (para adultos e infantil), relatos y novela juvenil, cuenta con numerosos premios entre los que cabe destacar el accésit al Premio Ciudad de Córdoba Ricardo Molina, Antonia María Carrascal figura asimismo en numerosas antologías y colabora en diversos medios de comunicación literaria. **El Centro Nacional de Innovación e Investigación Educativa** dependiente del **Ministerio de Educación, Cultura y Deporte del Gobierno de España** cita entre los **recursos educativos sobre Miguel Hernández** el artículo de [Antonia María Carrascal](#) "Perito en lunas no es el primer libro de un poeta cabrero".

Antonia María Carrascal y Gustavo Adolfo Bécquer: dos voces sevillanas que buscan la paz desde la intimidad

Leer *En tanto que se oxidan las espadas* es entrar en un territorio donde la paz no se presenta como un acuerdo diplomático ni como un ideal abstracto, sino como un modo de vivir. Antonia María Carrascal construye su poema desde gestos cotidianos: enseñar a los niños a apreciar la naturaleza, mantener limpia la ciudad, usar solo lo necesario, respetar la tierra y el agua, comprender el ciclo de la lluvia y de los bosques. La paz, para ella, nace de una ética personal, de una relación armoniosa con el entorno y con los demás. Es una paz que se practica, no que se proclama.

Esta mirada íntima, casi doméstica, encuentra un eco profundo en la obra de **Gustavo Adolfo Bécquer**, el gran poeta sevillano del Romanticismo. Aunque Bécquer no escribe sobre la paz en términos sociales o ecológicos, sí comparte con Carrascal la convicción de que lo esencial se encuentra en lo pequeño, en lo silencioso, en lo que nace del interior. Sus *Rimas* están llenas de esa búsqueda de serenidad, de pureza, de un equilibrio que solo puede alcanzarse cuando el alma se reconcilia consigo misma.

En Carrascal, la paz se construye limpiando la conciencia, respetando la naturaleza, viviendo con sobriedad. En Bécquer, la paz aparece como un estado espiritual que se alcanza cuando el corazón deja de luchar contra sí mismo. Ambos poetas, desde mundos distintos, coinciden en que la verdadera armonía no se impone desde fuera: se cultiva desde dentro.

Hay además un punto de encuentro especialmente bello: **la relación con la naturaleza como refugio y maestra**. Carrascal ve en la lluvia, en los bosques, en los campos, una fuente de equilibrio y de sentido. Bécquer, en sus leyendas y en sus poemas, también convierte la naturaleza en un espacio de revelación: los bosques, las ruinas, los ríos, los cielos nocturnos son escenarios donde el alma se reconoce y se transforma. Ambos poetas miran la naturaleza no como un paisaje, sino como un interlocutor.

Y sin embargo, la afinidad más profunda entre ambos está en la **reacción ante la violencia**. Carrascal rechaza explícitamente la paz que llega después del genocidio, la paz construida sobre hogares calcinados. Bécquer, aunque no habla de guerras contemporáneas, sí expresa en muchos textos su rechazo a la brutalidad, a la destrucción, a todo lo que rompe la delicadeza del espíritu humano. Los dos defienden una paz que no nace del miedo ni de la imposición, sino de la vida misma.

El final del poema de Carrascal —ese deseo de que los próximos ejércitos sean bosques y viñas, y de que las copas para el vino se tallan en madera mientras las espadas se oxidan— podría haber sido comprendido por Bécquer como una metáfora perfecta: la victoria de lo vivo sobre lo violento, de lo humano sobre lo bélico, de lo natural sobre lo destructivo.

Así, puestos uno frente al otro, Antonia María Carrascal y Gustavo Adolfo Bécquer parecen conversar desde dos Sevillas distintas —una contemporánea, otra romántica— pero con una misma sensibilidad: la certeza de que la paz verdadera nace de la conciencia, de la naturaleza y de la delicadeza interior. Y que la poesía, cuando se escribe desde ese lugar, puede convertirse en un acto de resistencia luminosa frente a la violencia del mundo.

G. Campisi

EN BUSCA DE LA PAZ

Higorca Gómez Carrasco

Quiero caminar, pasear por un sendero
que huela a jazmín,
pasear mientras el aire mueve
hermosas flores azules,
de dulce aroma que ayer estaban aquí.
¡No maltratéis los caminos!
Dejar que crezcan los hibiscos,
de flores rojas muy hermosas.
Me da pena caminar entre las rejas
de un campo de refugiados.
Por la vereda de árboles cortados.
Recordar estamos en primavera...
Dejar que crezca todo lo que tiene vida
También que los niños corran por ella,
en busca de una paz serena.

Higorca Gómez Carrasco - Mazarrón (España).
Estudios Universitarios en la Facultad de Medicina y
Económicas en la Complutense de Barcelona. Bellas
Artes en la Escola Massana, de Barcelona. Lecciones con
el maestro de pintura don José Puigdeangolas.
Numerosos premios literarios nacionales e
internacionales.

Higorca Gómez Carrasco y Joan Maragall en diálogo sobre la paz y la naturaleza

La poesía de Higorca Gómez Carrasco en *En busca de la paz* se abre como un sendero que invita a caminar despacio, a oler el jazmín, a dejar que el aire mueva las flores azules que ayer estaban allí. Ese gesto inicial —caminar, pasear, respirar— no es solo una descripción: es una declaración ética. Higorca concibe la naturaleza como un espacio frágil que debe ser protegido, un territorio donde la vida reclama su derecho a crecer sin violencia. Cuando exclama “¡No maltratéis los caminos!”, no habla únicamente de tierra y plantas, sino de la dignidad misma del mundo.

En este punto, su voz encuentra un eco profundo en la de Joan Maragall, el gran modernista barcelonés que veía en la naturaleza un espejo moral. Para Maragall, el paisaje catalán —los prados, los montes, los senderos rurales— era un escenario donde el alma humana se revelaba. En poemas como *La vaca ciega*, la naturaleza no es un fondo decorativo, sino un organismo vivo que sufre, resiste y enseña. Ambos poetas comparten esa convicción: la naturaleza habla, y su deterioro es también el deterioro de nuestra conciencia.

Sin embargo, la tonalidad con la que cada uno se acerca a ese paisaje es distinta. Higorca escribe desde una ternura herida, desde una sensibilidad que

mezcla la belleza del camino con la brutalidad del presente. La irrupción del “campo de refugiados” en medio del poema es un golpe seco, una grieta que rompe la serenidad inicial. La poeta no se refugia en la contemplación: mira de frente la violencia del mundo contemporáneo y la introduce en el corazón del poema, como si dijera que la paz solo puede nacer si no apartamos la mirada del dolor.

Maragall, en cambio, tiende a una contemplación más filosófica, más trágica. Su mirada sobre la naturaleza es profunda, pero rara vez se detiene en un hecho histórico concreto. Él busca la esencia, la ley íntima que rige la vida y la muerte. Su denuncia es moral, no social; universal, no circunstancial. Donde Higorca señala un campo de refugiados, Maragall señalaría la herida eterna del ser humano, esa incapacidad de vivir en armonía con lo que le rodea.

Y sin embargo, ambos convergen en un símbolo luminoso: la infancia. Higorca deja que los niños corran por la vereda “en busca de una paz serena”, como si fueran ellos los únicos capaces de inaugurar un mundo nuevo. Maragall también veía en la infancia una forma de verdad, una pureza que no ha sido aún deformada por la costumbre o la resignación. Pero mientras él la contempla como un estado espiritual, casi místico, Higorca la convierte en un horizonte político y afectivo: los niños son el futuro que merece un camino sin rejas, sin árboles cortados, sin miedo.

La diferencia más profunda entre ambos quizá resida en la dirección de su mirada. Maragall mira hacia dentro, hacia la esencia del ser humano y su destino. Higorca mira hacia fuera, hacia el mundo herido que la rodea. Él busca comprender; ella busca proteger. Él contempla; ella actúa. Pero los dos, desde sus tiempos y sensibilidades distintas, coinciden en un punto esencial: la paz no es un concepto abstracto, sino una forma de caminar por el mundo. Un modo de tratar los caminos, los árboles, los niños, la vida.

En ese sentido, *En busca de la paz* podría leerse como una prolongación contemporánea del espíritu maragalliano: la misma fe en la naturaleza como maestra moral, pero puesta al servicio de una urgencia histórica. Higorca no solo canta la belleza del sendero; lo defiende. No solo evoca la primavera; la reclama. Y en ese gesto, su poesía dialoga con la tradición, pero también la renueva, la vuelve necesaria, presente, viva.

G. Campisi

GUERRA EN UCRAINA

Sara Ciampi

El pueblo ucraniano,
con su generación,
vive los horrores de la guerra.

Y qué dolor, qué desgarramiento
trae siempre una guerra
a los civiles inocentes,
aunque a veces parezca necesaria
para el triunfo de la paz,
la libertad y la democracia.

Nuestra época conoce la guerra en Ucrania:
esta es la dramática lección de Historia
que une a la Humanidad.

Sara Ciampi nació en Génova, Italia, el 24 de enero de 1976. Ha recibido numerosos premios en Italia y en el extranjero. Sus poemas han sido traducidos y publicados en 22 idiomas. Cuenta con 95 libros de poesía bilingüe. Ha sido incluida entre los escritores contemporáneos en el plan de estudios de la Universidad de Génova. En 2023, tras enviar dos cartas y dos de sus libros de poesía a Volodymyr Zelensky y a Ursula von der Leyen, quienes apreciaron su labor literaria, recibió sus fotografías autografiadas como muestra de estima. Ha sido candidata en varias ocasiones al Premio Nobel de Literatura. En 2022 fue nombrada “Grande Dame de l’Art Poétique”.

Sara Ciampi y César Vallejo: un diálogo de humanidades heridas

Cuando se lee *Guerra en Ucrania* de Sara Ciampi, uno siente que la poeta se coloca frente al mundo como quien abre una ventana para que entre la luz —aunque esa luz ilumine una tragedia. Su voz es clara, directa, casi cristalina. Habla sin rodeos del dolor, de la inocencia herida, de la guerra que vuelve a repetirse en la Historia como una lección amarga que todos compartimos. En esa claridad, en esa voluntad de decir sin adornos, hay una ética profunda: Ciampi quiere que la palabra llegue limpia al lector, sin obstáculos, sin velos.

Muy distinto es el camino que recorre **César Vallejo**, aunque ambos se encuentren en el mismo territorio moral: el sufrimiento humano. Vallejo no abre una ventana: rompe un muro. Su lenguaje no fluye, estalla. Cada verso suyo parece escrito desde una herida abierta, desde un temblor interior que no se puede contener. Mientras Ciampi observa la guerra desde una distancia reflexiva, Vallejo la vive como si la carne del mundo fuera la suya propia.

En Ciampi, la guerra es un hecho histórico que debe comprenderse; en Vallejo, es un desgarramiento que debe sentirse. Ella habla de “los civiles inocentes” con la serenidad de quien quiere que el mensaje sea escuchado por todos. Él, en cambio, convierte al lector en testigo de un dolor que no se puede ignorar, porque su lenguaje mismo se quiebra, se retuerce, se vuelve un cuerpo que sufre.

Y sin embargo, ambos llegan al mismo lugar: la convicción de que la guerra no pertenece solo a un país, sino a la humanidad entera. Ciampi lo dice explícitamente, con la calma de una reflexión universal. Vallejo lo sugiere desde la intensidad emocional, como si cada tragedia fuera la tragedia de todos.

La diferencia entre ellos no es de sensibilidad, sino de método. Ciampi elige la transparencia para que la verdad se vea. Vallejo elige la fractura para que la verdad duela.

Pero en ambos late la misma certeza: que la poesía, cuando se enfrenta al horror, no puede limitarse a describirlo. Debe transformarlo en conciencia. Ciampi lo hace con la luz de la claridad; Vallejo, con el fuego de la conmoción. Dos caminos distintos que conducen a una misma ética: la defensa del ser humano frente a la violencia de la Historia.

G. Campisi

LA ÚLTIMA BATALLA

Vasiliki Dragouni

Este poema nace del silencio
de la soledad narcisista
y del deambular negligente
por los campos minados de la conciencia
—las palabras no tienen coartadas,
ni guía, ni control.
Este mundo nació del caos
y de la confusión,
de un caldo de material genético
y de epigramas de tumbas abiertas
—pero aun así lo amamos,
siempre y de todos modos.
Esta guerra nació del fuego
y de las balas de granadas armadas,
y de la poca paciencia para sostener el pasador
—antes de estallar como una explosión
en nuestras manos temblorosas.
Esta copa de vino nace de una fuente inagotable
de misterios báquicos,
en un campo desbordante de amapolas
—la danza que sacude la tierra
guía nuestras visiones.
Esta música nació de un arreglo estelar,
de un eclipse solar y de una señal desde Marte
—el ángel fue depuesto, aplastado,
antes de ser finalmente salvado.
Este milagro nació de susurros
y expectativas asimétricas,

de sueños de auto sumisión
y de un deseo incontrolado
—una elección consciente guiada
por una necesidad invisible.
Esta conciencia nació de la negación exógena
de las visiones, de emociones desvaídas
y de dolores insensibles
—la traición no es un invento contemporáneo.
Esta verdad nació del conocimiento
y de la vanidad, de códigos secretos
y de símbolos de selección
—grabados en los cuadernos de los cinco vientos.
Esta paz nació de la calma después de la tormenta,
de un instante de remordimiento
antes de la última batalla
—la dependencia de la esperanza
era la única convención que sosteníamos
mientras esperábamos pacientemente lo obvio.

Vasiliki Dragouni nació en Atenas. Estudió filología inglesa, literatura comparada europea y obtuvo un máster en estudios internacionales y europeos. Trabaja en el sector de la aviación. Ha publicado seis poemarios: *Vuelo hacia la luz*, *Luna en escorpión*, *Paisajes del ser*, *Por instinto*, *Todo lo que piensas* y *Tinta roja*; la colección de microrrelatos *El rojo se lleva en el corazón*; los volúmenes de relatos *Espejos convexos* y *Grietas en la fachada*; y la micro novela *La otra mujer*.

Vasiliki Dragouni y Octavio Paz: dos miradas que nacen del caos

Leer *La última batalla* de Vasiliki Dragouni es como entrar en un territorio donde cada cosa —un poema, un mundo, una guerra, una copa de vino, una verdad— parece surgir de un origen oscuro, casi primitivo. Dragouni no describe estos nacimientos como hechos lineales, sino como emanaciones de un fondo caótico donde se mezclan silencio, fuego, símbolos antiguos, deseos ocultos y heridas que no terminan de cerrarse. Su voz avanza como quien camina por un paisaje lleno de señales: tumbas abiertas, campos de amapolas, eclipses, cuadernos marcados por “los cinco vientos”. Todo parece vibrar con un sentido que no se explica del todo, pero que se siente.

Esta manera de concebir el mundo —como algo que nace del desorden, de la confusión, de fuerzas invisibles que nos atraviesan— encuentra un eco natural en la obra de **Octavio Paz**. En muchos de sus poemas, Paz también imagina la realidad como un tejido de energías contradictorias: luz y sombra, destrucción y creación, deseo y vacío. Para él, el origen nunca es un punto fijo, sino un remolino. Y Dragouni, desde otro horizonte, parece decir lo mismo: que todo lo que somos y todo lo que hacemos proviene de un núcleo inestable, vibrante, a veces peligroso.

En Dragouni, cada estrofa es un pequeño mito de creación. En Paz, cada imagen es una puerta hacia

un centro que se mueve. Ambos comparten la intuición de que la vida no nace de la armonía, sino de la tensión.

Hay también una afinidad en la manera en que ambos poetas miran el tiempo. Dragouni repite la fórmula “Esto nació de...”, como si cada cosa fuera parte de un ciclo que vuelve sobre sí mismo. La guerra, la conciencia, la paz: todo parece repetirse, como si la humanidad estuviera atrapada en un ritmo que no cambia. Paz, por su parte, concibe el tiempo como un círculo que se abre y se cierra sin cesar. En su poesía, el pasado regresa, el presente se expande, el futuro es un eco. Los dos, desde lenguajes distintos, parecen decir que la historia humana es una espiral que nunca termina de resolverse.

Y luego está el mundo simbólico. Dragouni escribe con imágenes que parecen surgir de un sueño ritual: misterios báquicos, señales de Marte, ángeles aplastados, cuadernos de vientos. Paz también habita ese territorio donde lo visible se mezcla con lo invisible. Sus poemas están llenos de fuego, agua, piedra, noche, viento: elementos que no solo representan, sino que revelan. En ambos casos, el símbolo no es un adorno, sino una forma de conocimiento.

Pero quizá el punto donde más se tocan es en la manera en que entienden la conciencia. Para Dragouni, la conciencia nace del dolor, de la negación, de emociones que se desvanecen. Es una lucidez que duele. En Paz, la conciencia también es una herida: solo quien atraviesa la oscuridad puede ver. Los dos poetas parecen convencidos de que

comprender el mundo implica aceptar su fractura.

Y al final, tanto Dragouni como Paz dejan un espacio para la esperanza. No una esperanza ingenua, sino una especie de impulso vital que persiste incluso cuando todo parece derrumbarse. Dragouni lo dice con una claridad conmovedora: la esperanza era “la única convención que sosteníamos”. Paz, aunque más escéptico, también reconoce que el ser humano necesita ese hilo tenue para seguir avanzando.

Así, puestos uno frente al otro, Dragouni y Paz parecen conversar desde dos orillas distintas del mismo río. Ella, con su visión de nacimientos sucesivos que emergen del caos. Él, con su búsqueda del centro donde todo se mezcla. Ambos, sin embargo, comparten la certeza de que la poesía es el lugar donde el mundo se revela en su complejidad: un espacio donde el caos se vuelve forma, donde la herida se vuelve palabra, donde la última batalla es siempre interior.

G. Campisi

PAZ PAZ PAZ

Elías Domingo Galati

Cuánta belleza puede transmitir
la naturaleza cuando tiene paz
cuántos sonidos podemos percibir
armónicos, suaves, que nos dan solaz.

Cuánto trabajo puede producir
lo necesario para poder lograr
que no haya hambre, la infancia sea feliz
el mundo progrese y podamos amar.

Cuántos sentimientos podemos sentir
aquellos que perciben el calor del hogar
que maravilloso puede ser vivir,

sin guerra, sin violencia, sin desesperar,
estar afincado y no tener que huir
donde cada uno, tenga su lugar.

Elías Domingo Galati - Docente, abogado, técnico en computación, investigador, poeta escritor. Profesor de Universidad de Buenos Aires de Universidad Tecnológica Nacional, y escuelas secundarias en Buenos Aires. Director del Equipo de Investigación del Estrés y el Comportamiento, Embajador Mundial de la Paz, Ginebra, Doctor en Literatura, Miembro Honorario de Word Academy of Arts and Culture, Miembro de la Sociedad Argentina de Escritores, Miembro de Pax Pax, Paz Arte y Cultura, Miembro Honorario de la Unión Hispano mundial de Escritores, Miembro de The Cove/Rincon de Miami entre otros. Columnista de Radio Miami USA y de InfoMarruecos, en Marruecos. Autor de Cuadernos de Po, el Destino Metafísico, Paz y Amor, Psicología del Perdón, La violencia, Contar la Realidad como Ficción, Proyectos de Investigación, Saber que no has de saber, Reflexiones y otros. Autor del Proyecto de Investigación Áulico Docencia en América, del Concurso Poesías de la Paz, con alumnos de Escuelas Primarias de Moreno y de la Inserción Social a Través de la Cultura, proyecto de enseñanza de oficios a gente en situación de calle con Cáritas de la Catedral de Moreno.

Elías Domingo Galati y Evaristo Carriego en un mismo latido porteño

La poesía de Elías Domingo Galati en *Paz, paz, paz* se despliega como una plegaria serena, una invocación a la belleza que la naturaleza es capaz de ofrecer cuando no está herida por la violencia. Desde el primer verso, el poema respira una confianza profunda en la armonía: la paz no es solo un estado político o social, sino una condición del mundo que permite que los sonidos sean suaves, que la vida sea fecunda, que el ser humano encuentre solaz. Galati escribe desde una mirada limpia, casi pedagógica, como si quisiera recordarnos que la paz no es un lujo, sino la base misma de la existencia.

Esta sensibilidad encuentra un contrapunto interesante en la obra de **Evaristo Carriego**, el poeta clásico de Buenos Aires que, desde las calles de Palermo y los arrabales porteños, supo captar la vida cotidiana con una mezcla de ternura, crudeza y humanidad. Aunque Carriego no escribe sobre la paz de manera explícita, su poesía está atravesada por una búsqueda similar: la necesidad de un espacio donde el ser humano pueda vivir sin miedo, sin violencia, sin la amenaza constante de la precariedad. En sus versos, la paz se vuelve un anhelo íntimo, casi doméstico, ligado al barrio, al hogar, a la dignidad de los humildes.

Galati, por su parte, formula ese anhelo en términos más universales. Habla del trabajo necesario para que no haya hambre, para que la infancia sea feliz, para que el mundo progrese. Su mirada es amplia, abarcadora, casi programática: la paz como proyecto colectivo. Carriego, en cambio, se mueve en un registro más íntimo, más cercano a la respiración del barrio. Su paz es la del patio, la del vecino que deja de sufrir, la del niño que juega sin sobresaltos. Donde Galati imagina un mundo entero reconciliado, Carriego se concentra en la pequeña comunidad que lucha por sobrevivir con dignidad.

Y sin embargo, ambos coinciden en un punto esencial: la paz es la condición que permite que la vida sea verdaderamente vida. Cuando Galati escribe “qué maravilloso puede ser vivir, sin guerra, sin violencia, sin desesperar”, parece dialogar con la sensibilidad carriegana, con ese deseo profundo de que cada persona tenga “su lugar”, un espacio donde no deba huir ni defenderse. Carriego habría reconocido en esos versos la misma aspiración que late en sus retratos de los humildes: la necesidad de un suelo firme, de un hogar que no tiemble, de una existencia que no esté marcada por la amenaza.

La diferencia más notable entre ambos poetas reside en el modo en que construyen su visión. Galati escribe desde una claridad luminosa, casi didáctica, donde cada estrofa avanza con la lógica de un razonamiento moral. Su poema es un llamado,

una exhortación, una invitación a imaginar un mundo mejor. Carriego, en cambio, se mueve en la penumbra sentimental del arrabal, donde la paz no se proclama, sino que se añora; donde la violencia no es abstracta, sino concreta; donde la esperanza es un gesto pequeño, casi secreto, pero no por ello menos poderoso.

Y sin embargo, en ambos late la misma convicción: la paz no es una idea, sino una experiencia. Es el sonido armónico que Galati escucha en la naturaleza, y es también el silencio nocturno de las calles porteñas que Carriego observa con melancolía. Es el calor del hogar que Galati celebra, y es la dignidad de los hogares humildes que Carriego retrata con respeto. Es, en definitiva, la posibilidad de que cada ser humano encuentre su lugar en el mundo sin miedo, sin hambre, sin violencia.

Así, *Paz, paz, paz* puede leerse como una prolongación contemporánea de la sensibilidad ética que Carriego encarnó en su tiempo. Ambos poetas, desde registros distintos, nos recuerdan que la paz no es solo un ideal político, sino una forma de habitar el mundo. Una forma de sentir, de trabajar, de amar. Una forma de vivir.

G. Campisi

LA PAZ NO SE CONSTRUYE CON PALOMAS

Isa Guerra

La paz no se construye
tan sólo con palomas
que vuelan alto,
blanqueando,
es resolviendo
injusticias
solucionando.
Dicen que está ahí,
“dentro de ti”
en lo cercano
en los problemas
de la calle
en los conflictos
cotidianos,
que si la luz
el agua,
las contribuciones
del Estado,
la educación,
la universidad
¿quién puede
pagar ahora
la sanidad?
¿cuánto cuesta
la paz?
Está a la vuelta
de la esquina,
esperándonos

y no la queremos ver,
y pasamos...
y pensamos
en los países en guerra,
en lo que no
nos toca de cerca,
pero puede estar
entre los dirigentes
que no dialogan
y enfrentan,
en los muros
que sustentas,
en esa línea imperceptible
que marca la diferencia...

Ay la paz,
tan denostada, la paz,
tan reiterada,
pintándola a mano
en camisetas,
¡que la paz
no se construye
tan sólo con palomas!

Isa Guerra García - Profesora, poeta y escritora. Doctora en Filología Románica por la Universidad de La Laguna, Tenerife y Licenciada en Psicología. Ha publicado 44 libros de Poesía y uno de Ensayos Literarios. Pertenece a la IWA y es subdelegada en Canarias de la Academia Norteamericana de Literatura Moderna Internacional, con sede en New Jersey. Poemas suyos han sido traducidos al inglés, alemán, italiano, portugués ruso, rumano, francés y griego.

Isa Guerra y Tomás Morales ante el conflicto y la esperanza

La poesía de Isa Guerra en *La paz no se construye con palomas* irrumpe con una claridad que desarma cualquier idealización ingenua. Desde el primer verso, la poeta desmonta el símbolo tradicional de la paloma blanca, tan repetido, tan cómodo, tan insuficiente. La paz —nos dice— no es un dibujo, ni un gesto simbólico, ni un vuelo que blanquea el cielo: es un trabajo arduo, concreto, incómodo. Es resolver injusticias, afrontar desigualdades, mirar de frente los problemas que están “a la vuelta de la esquina”. Su poema avanza como una conversación urgente, casi como un monólogo interior que se despliega entre preguntas, exclamaciones y constataciones dolorosas. La paz, para Isa Guerra, es un asunto terrenal, cotidiano, político en el sentido más humano: el agua, la luz, la educación, la sanidad, la capacidad de vivir sin miedo y sin precariedad.

Esta mirada directa y crítica encuentra un contrapunto revelador en la obra de **Tomás Morales**, uno de los grandes poetas clásicos de las Islas Canarias. Morales, desde su modernismo atlántico, construyó una poesía donde el mar, la navegación y la insularidad se convierten en metáforas de la condición humana. Su visión de la

paz no es explícitamente social, pero sí profundamente simbólica: la paz aparece como un horizonte, como una calma marina que solo se alcanza tras atravesar tempestades. En *Las Rosas de Hércules*, la paz es un estado espiritual que se conquista con esfuerzo, una serenidad que nace de comprender el mundo y su violencia, no de negarla.

La diferencia entre ambos poetas es evidente, pero también lo es su diálogo. Isa Guerra escribe desde la inmediatez del presente, desde la calle, desde la factura que sube, desde el dirigente que no dialoga, desde el muro que separa. Su paz es concreta, urgente, casi táctil. Morales, en cambio, eleva la mirada hacia un plano más simbólico: la paz como un mar en calma, como un destino que se vislumbra tras la lucha interior y exterior. Él no enumera injusticias; las transforma en imágenes de oleaje, viento y travesía. Ella no se refugia en metáforas; las rompe para mostrar la crudeza de lo real.

Y sin embargo, ambos coinciden en un punto esencial: la paz no es un adorno. No es un concepto vacío ni un eslogan repetido. Morales lo sugiere a través de la solemnidad de sus imágenes marinas, donde la calma solo tiene sentido si se reconoce la tormenta. Isa Guerra lo afirma sin rodeos: la paz no se construye pintándola en camisetas ni repitiendo su nombre como un mantra. La paz exige responsabilidad, diálogo, justicia, conciencia. Exige

mirar lo que “no nos toca de cerca” y reconocer que, en realidad, sí nos toca.

En Isa Guerra, la paz es un acto de lucidez. En Tomás Morales, es un acto de trascendencia. Pero en ambos, la paz es un trabajo. Una construcción. Una tarea humana que no se delega ni se simplifica. La poeta contemporánea y el modernista canario, desde sus lenguajes distintos, coinciden en recordarnos que la paz no es un símbolo, sino una práctica. No es un vuelo blanco, sino una decisión. No es un sueño, sino un compromiso.

Así, *La paz no se construye con palomas* puede leerse como una actualización terrenal del impulso ético que Morales ya intuía en su poesía oceánica: la necesidad de atravesar el conflicto para alcanzar la serenidad. La paz, en ambos, es un horizonte que se conquista con los ojos abiertos.

G. Campisi

LA PAZ

Azucena de los Ángeles Farías Hernández

Es necesario salvar al mundo
lejos de las horas grises.

Que se sacie al hambriento
y si toca a la puerta, tenga fácil acceso
reciba pan y amor como alimento.

-Ruinas debajo de ciudades
la simiente convertida en nada
al declinar la vida-

Alcancemos la paz.

-El dolor no cesa
alguien arrodillado
implora piedad-
Y la pobreza inunda
en donde había cosecha,
el trigo perece entre grietas.

Marchemos hacia la paz
primero en el alma.
Tenemos tiempo...

Azucena de los Ángeles Farías Hernández. Abogada, poeta y escritora mexicana. Co-delegada para México de The Cove/Rincón International, organización cultural con sede en Miami, Florida (U.S.A.). Participa en recitales celebrados en México y en el extranjero. Ganadora de premios internacionales en poesía, narrativa y trovas clásicas. Su obra aparece en antologías de diversos países. Formó parte del jurado de la Organización Mundial de Trovadores. (O.M.T.)

Azucena de los Ángeles Farías Hernández en diálogo con Amado Nervo

La poesía de Azucena de los Ángeles Farías Hernández en *La paz* se abre con un llamado urgente: “Es necesario salvar al mundo / lejos de las horas grises.” Desde ese primer gesto, la poeta sitúa la paz no como un concepto abstracto, sino como una tarea de rescate, casi de salvación. Su voz se mueve entre la compasión y la denuncia, entre la ternura hacia el hambriento y la visión devastada de las ciudades en ruinas. La paz, para ella, es un horizonte ético que solo puede alcanzarse si se atiende al sufrimiento concreto: el hambre, la pobreza, la vida que declina entre grietas. Y sin embargo, en medio de ese paisaje herido, la poeta introduce un rayo de esperanza: “Marchemos hacia la paz / primero en el alma.” La paz comienza dentro, pero no termina allí; es un movimiento interior que debe irradiarse hacia el mundo.

Esta sensibilidad encuentra un eco profundo en la obra de **Amado Nervo**, uno de los grandes clásicos de la literatura mexicana. Nervo, desde su espiritualidad modernista, concibió la paz como un estado del alma, una serenidad que se conquista a través de la compasión, la renuncia al egoísmo y la apertura a lo trascendente. En poemas como *Serenidad* o *La amada inmóvil*, la paz aparece como

un refugio interior, una luz que se enciende incluso en medio del dolor. Para Nervo, la paz no es la ausencia de conflicto, sino la presencia de una armonía profunda que permite mirar el mundo con misericordia.

La afinidad entre ambos poetas es evidente: los dos entienden la paz como un proceso espiritual que tiene consecuencias en la vida concreta. Pero mientras Nervo se mueve en un plano más metafísico, Azucena Farías desciende al terreno de lo cotidiano, de lo social, de lo que duele aquí y ahora. Ella habla del hambriento que toca a la puerta, del trigo que perece, de la pobreza que inunda lo que antes era cosecha. Su mirada es terrenal, directa, casi documental. Nervo, en cambio, transforma el dolor en símbolo, en meditación, en un camino hacia la trascendencia.

Y sin embargo, ambos comparten una convicción profunda: la paz no se impone desde fuera, sino que se cultiva desde dentro. Cuando Azucena escribe “primero en el alma”, parece dialogar con la serenidad nerviana, con esa certeza de que la transformación del mundo comienza por la transformación interior. Pero la poeta contemporánea añade un matiz decisivo: la paz interior no basta si no se traduce en justicia, en alimento, en dignidad. La espiritualidad, para ella, debe encarnarse en actos concretos.

La diferencia más notable entre ambos reside en el modo en que representan el sufrimiento. Nervo lo envuelve en un aura de resignación luminosa, como si el dolor fuera parte del camino hacia una comprensión más alta. Azucena, en cambio, lo muestra sin velos: alguien arrodillado implora piedad, la vida declina, la simiente se convierte en nada. Su poesía no busca consolar, sino despertar. No pretende suavizar la herida, sino señalarla para que no se ignore.

Y sin embargo, en ambos late la misma esperanza: la posibilidad de un renacimiento. Nervo lo imagina como una iluminación interior; Azucena lo propone como una marcha colectiva hacia un futuro más justo. Él habla desde la contemplación; ella desde la urgencia. Pero los dos, desde sus tiempos y sensibilidades distintas, coinciden en que la paz es una tarea humana, una construcción que exige lucidez, compasión y voluntad.

Así, *La paz* de Azucena de los Ángeles Farías Hernández puede leerse como una actualización terrenal del impulso espiritual que Amado Nervo encarnó en su poesía. Ambos poetas, cada uno a su manera, nos recuerdan que la paz no es un destino, sino un camino. Un camino que empieza en el alma, pero que debe continuar en el mundo. Un camino que aún tenemos tiempo de recorrer.

G. Campisi

JAZZ CUARTET “Canto a la Libertad”

Luís Ángel Marín Ibáñez



La noche hacía de pianista,
y un desafío de metales
entre Charlie Parker y Louis Armstrong,
con Ella Fitzgerald desde la hondura
daba rigor canto espiritual.
Grisas y negras, negras y grises
las notas salían del otro lado de la tierra,
cual trémulo sortilegio
incapaz de rechazar el mapa del Olvido.
Las plantaciones de algodón volvían
a florecer con sonos adivinatorios
bajo un cuarteto con sabor a origen.
Y todo estaba cerca y lejos a la vez,
era como si un continente
tocase a rebato, queriendo proclamar
el ancestral sufragio del hombre.
En ese cierzo de titanes
rugía el pregón de la Libertad incinerada,

el desahucio de las argollas,
y los signos manchados por el sol.
La noche hacía de pianista
con la claridad que todo lo toca,
el jazz brillaba más que ellos mismos,
más que Ella, más que Charlie, más que Louis
Algo así, como un blanco sobre negro...
un negro sobre blanco
...queriendo poner fin a los colores.

Luis Ángel Marín Ibáñez, nacido en Zaragoza, con residencia en La Palma desde hace 35 años, Licenciado en Filosofía y Letras. Poeta muy original, al fundir la razón, el delirio y el ensueño en el poema, haciendo del instante y la imagen el epicentro del poema, en un soñar y no soñar a la vez... en una lucha entre el Ser y el No Ser. Tiene 13 poemarios publicados. Entre otros premios ha sido ganador del Premio “Platero” de la Organización de Naciones Unidas, Premio Instituto Cultural Latinoamericano de Argentina, Premio La Porte des Poètes de Paris, Premio Centro de Escritores Nacionales de Argentina, Lating Heritage Foundation de EE.UU., Certamen de poesía en castellano Tamariu, Premio Certamen Internacional de Poesía Lincoln-Martí de Miami, (Estados Unidos), finalista en Premio de la ciudad de Segovia y Villa de Madrid... etc. Académico de La Academia Norteamericana de Literatura Moderna. Su obra ha sido traducida al inglés, francés, italiano, rumano, portugués, alemán, japonés y chino. Integrante en más de 20 antologías poéticas de la lengua española.

Luís Ángel Marín Ibáñez y Gustavo Adolfo Bécquer ante la música, la noche y la libertad

La poesía de Luís Ángel Marín Ibáñez en *Jazz Cuartet “Canto a la Libertad”* se despliega como una escena nocturna donde la música no es solo sonido, sino historia, herida y reivindicación. La noche “hacía de pianista”, y ese gesto inicial ya sitúa el poema en un territorio simbólico: la oscuridad como instrumento, como escenario donde emergen voces que vienen “del otro lado de la tierra”. Marín Ibáñez convoca a Charlie Parker, Louis Armstrong y Ella Fitzgerald no como figuras del espectáculo, sino como heraldos de una memoria colectiva marcada por la esclavitud, la resistencia y la creación cultural afroamericana. El jazz, en su poema, es un conjuro que hace florecer de nuevo las plantaciones de algodón, pero esta vez no como espacio de opresión, sino como territorio de un renacimiento sonoro que reclama libertad.

Esta visión, donde la música se convierte en un puente entre el presente y un pasado doloroso, encuentra un eco inesperado en la obra de **Gustavo Adolfo Bécquer**, el gran clásico nacido en Sevilla pero profundamente vinculado a Zaragoza, donde pasó su infancia y donde se formó su sensibilidad. Aunque Bécquer no escribe sobre jazz ni sobre la historia afroamericana, comparte con Marín Ibáñez una intuición esencial: la música es un lenguaje que revela lo que la palabra no alcanza. En sus *Rimas*, la música

aparece como un temblor del alma, como un misterio que brota de la noche, como una vibración que conecta al ser humano con lo invisible. Para Bécquer, la música es memoria emocional; para Marín Ibáñez, es memoria histórica. Pero en ambos casos, la música es un umbral hacia lo profundo.

La diferencia entre ambos poetas reside en el modo en que construyen ese umbral. Bécquer se mueve en un registro íntimo, casi espectral: la música es un susurro, una presencia que se adivina más que se escucha. Su noche es un espacio de revelación interior, donde el alma se reconoce a sí misma. Marín Ibáñez, en cambio, escribe desde una noche cargada de historia, donde los metales desafían, donde las voces rugen, donde el jazz “brillaba más que ellos mismos”. Su noche no es introspectiva, sino colectiva; no es silenciosa, sino vibrante; no es melancólica, sino insurgente.

Y sin embargo, ambos comparten un gesto fundamental: la música como fuerza que trasciende los límites. Bécquer lo expresa en su célebre idea de que la poesía es aquello que queda cuando se apaga la voz del poeta; Marín Ibáñez lo sugiere cuando afirma que el jazz brilla “más que Ella, más que Charlie, más que Louis”. En ambos, la música supera al individuo y se convierte en un símbolo. Para Bécquer, es símbolo del misterio del alma; para Marín Ibáñez, símbolo de la libertad incinerada que quiere renacer.

Hay también un punto de contacto en la manera en que ambos poetas utilizan la imagen del “color”. Bécquer, en sus leyendas y rimas, juega con la luz y la

sombra como metáforas del sentimiento. Marín Ibáñez, en cambio, introduce el contraste racial —“un blanco sobre negro... un negro sobre blanco”— para señalar el deseo de poner fin a las divisiones que han marcado la historia. Donde Bécquer ve un contraste emocional, Marín Ibáñez ve un contraste social. Pero ambos utilizan la imagen para hablar de una reconciliación: en Bécquer, la reconciliación del alma consigo misma; en Marín Ibáñez, la reconciliación de la humanidad con su propia historia.

Así, *Jazz Cuartet “Canto a la Libertad”* puede leerse como una expansión contemporánea del impulso becqueriano: la música como revelación, la noche como escenario simbólico, la palabra poética como puente hacia lo que no puede decirse de otro modo. Pero Marín Ibáñez añade un elemento decisivo: la música no solo revela, sino que denuncia; no solo ilumina, sino que reclama. Su jazz no es un susurro, sino un pregón. Su noche no es un refugio, sino un escenario de lucha. Y en ese cruce entre memoria, música y libertad, su poema dialoga con Bécquer desde la distancia, pero también desde una afinidad profunda: la convicción de que la poesía, como la música, es capaz de tocar aquello que la historia intenta olvidar.

G. Campisi

ME DECLARO CULPABLE. UN ACTO DE PALABRA Y CICATRIZ

Ernesto Kahan

Me declaro culpable
por haber desbordado mi herida
sobre la vasta llaga del mundo,
y por haber sembrado mi sangre
en la tierra ya calcinada
que arrastra siglos de puñaladas y donde
el odio se amasa con la arcilla
y el nombre de Dios es filo y fiebre.

Perdón —
no debí regar mi hiel fuera de mi pecho,
no debí manchar con mi fiebre
la fiebre ancestral,
ni desnudar mi duelo
sobre los cadáveres que todavía
gritan en lenguas de ceniza.

Pero me dolió el viento
que trae con él las voces de mis muertos,
me dolió la sombra que atraviesa el exilio
como un perro sin patria,
me dolió la historia enterrada
y la historia que no deja de nacer
con la misma hemorragia.

Me declaro culpable
por no haber podido contener mi lágrima
en la cárcel de mi ojo.

Por haber dejado que mi rabia
se hiciera río e inundara las manchas.

Perdón —

Yo también soy escombros de Babel,
también cargo la culpa
de los que lloran con la boca apretada,
de los que mueren en los márgenes
porque nacieron con la estrella de David
bordada en la piel.

Me declaro culpable
de haber dicho lo que arde,
de haber amado lo que el mundo
ha condenado a llamas.

Culpable por recordar,
por no haber dejado que la costra
cierre la herida.

Culpable —

porque dentro de mí
se sigue escribiendo la historia
que otros quisieron borrar.

Y aunque pida perdón,
y aunque suplique silencio,
no sé si puedo evitar
seguir sangrando.

Prof. Emérito Dr. **Ernesto Kahan**, de la Universidad de Tel Aviv, es una figura destacada en medicina, literatura y cultura de paz. Ha ocupado cargos internacionales en AICTEH, la Academia Mundial de Arte y Cultura y AIELC. Fue presidente de IPPNW-Israel y delegado en la ceremonia del Premio Nobel de la Paz 1985. Ocupa además funciones directivas en IFLAC, UHE, GHA y el Cercle Universel des Ambassadeurs de la Paix.

Ernesto Kahan y Juan Gelman: dos voces que escriben desde la herida que no deja de sangrar

La poesía de Ernesto Kahan en *Me declaro culpable* nace de un territorio donde la memoria, la identidad y el dolor colectivo se entrelazan hasta volverse inseparables. El poema avanza como una confesión desgarrada: el yo lírico se declara culpable no por un acto cometido, sino por no haber podido contener la herida que lo atraviesa y que, al desbordarse, toca la llaga del mundo. Kahan escribe desde un dolor ancestral —la persecución, el exilio, la marca de la estrella de David— que se reactiva en cada injusticia contemporánea. Su voz es la de quien carga una historia que otros quisieron borrar, y que aun así insiste en escribirse dentro de él. La culpa, en su poema, no es moral: es histórica, identitaria, inevitable.

Esta manera de asumir la herida como un destino compartido encuentra un eco profundo en **Juan Gelman**, uno de los grandes poetas clásicos de la Argentina. Gelman también escribe desde la cicatriz abierta, desde la memoria que arde, desde la imposibilidad de cerrar la costra. En sus poemas, el dolor personal —la desaparición de su hijo y su nuera, el exilio, la pérdida— se convierte en un dolor colectivo, en una voz que habla por los que ya no pueden hablar. Como Kahan, Gelman se declara culpable de recordar, de no olvidar, de seguir sangrando cuando el mundo exige silencio.

Hay entre ambos poetas una afinidad esencial en la manera de concebir la palabra como acto de resistencia. Kahan escribe: “Me declaro culpable / de haber dicho lo que arde”. Gelman, en muchos de sus textos, también asume que la poesía es un fuego que no puede apagarse,

un deber hacia los muertos, un gesto de fidelidad hacia la verdad. Los dos entienden que callar sería traicionar la memoria.

La diferencia entre ellos está en el tono. Kahan escribe desde una voz que oscila entre la confesión y la súplica, entre el perdón y la imposibilidad de alcanzarlo. Su poema es un acto de conciencia, casi un juicio interior. Gelman, en cambio, escribe desde una intimidad más quebrada, más fragmentada, donde la lengua misma se vuelve herida: inventa palabras, mezcla registros, rompe la sintaxis para decir lo indecible. Donde Kahan declara, Gelman murmura. Donde Kahan pide perdón, Gelman exige justicia.

Y sin embargo, ambos convergen en un punto decisivo: la herida no es solo personal, sino histórica. Kahan carga la memoria judía, la persecución, el exilio. Gelman carga la memoria argentina, los desaparecidos, la violencia estatal. Los dos escriben desde un dolor que no pertenece solo al individuo, sino a un pueblo entero.

Hay también una afinidad en la manera de entender la culpa. Para Kahan, la culpa es no haber podido contener la lágrima, la rabia, la memoria. Para Gelman, la culpa es sobrevivir, seguir vivo cuando tantos no pudieron. Ambos poetas convierten esa culpa en palabra, en testimonio, en acto de amor hacia los que ya no están.

Así, puestos uno frente al otro, Ernesto Kahan y Juan Gelman parecen conversar desde dos geografías distintas —Israel y Argentina— pero con una misma sensibilidad: la certeza de que la poesía nace de la herida, que recordar es un deber, y que seguir sangrando es, a veces, la única forma de honrar la vida.

G. Campisi

EN LA NUEVA TIERRA LA PAZ

María Consuelo Pons Lafuente

Existe un país
que se deshace en manos ajenas,
subastado por ambición,
despojado poco a poco
hasta temer que un día
le cambien hasta el nombre.

El pueblo calla,
adormecido por monedas
que caen como un falso bálsamo,
opio que adormece
y vuelve dócil la esperanza.

Hay tierras en guerra
donde se muere por defender
lo que durante siglos
fue cuidado para dar vida.
Ahora yace destruido,
presa del deseo de otros
que buscan triunfar con su ruina.

Los fuertes devoran a los débiles,
y por eso la paz
no encuentra morada en la tierra.

Nacen odios antiguos,
y no importa matar,
ni arrebatarse lo ajeno;
de un modo u otro
la tierra será herida.

Pero un día llegará el diluvio,
y tras la tormenta
una paloma ascenderá,
anunciando en la nueva tierra
el renacer de la paz.

María Consuelo Pons Lafuente - Nació en un pequeño pueblo de la provincia de Soria, llamado Valdenebro, España. Sus libros de poesía multilingüe más recientes publicados por Edizioni Universum: “En el silencio de la noche” español, italiano, ruso; “Haikus” español, italiano; “El mar se rebela” español, italiano, griego; “La vida es diferente cuando hay amor” español, italiano; “Perlas de poesía” español, italiano, inglés; “Pétalas de margarita” español, italiano, inglés; “Porque el Señor me lleva a esos desiertos” español, italiano, griego; “Un sueño, una fantasía” español, italiano, ruso.

María Consuelo Pons Lafuente en diálogo con Joaquín Dicenta

La poesía de María Consuelo Pons Lafuente en *En la nueva tierra la paz* se levanta como un lamento y, al mismo tiempo, como una advertencia. Desde el primer verso, la poeta dibuja un país que se desmorona en manos ajenas, subastado por la ambición, reducido hasta temer que un día pierda incluso su nombre. Esa imagen inicial —un territorio vendido pieza a pieza— instala el poema en un registro de denuncia ética, donde la paz no es un estado perdido, sino un bien arrebatado. El pueblo, adormecido por monedas que caen como un falso bálsamo, aparece atrapado en una pasividad inducida, casi ritual. La poeta observa, señala, despierta.

Esta mirada crítica y compasiva encuentra un eco profundo en la obra de **Joaquín Dicenta**, el escritor clásico nacido en Calatayud pero estrechamente vinculado a Móstoles por su recepción y su influencia en la tradición social española. Dicenta, dramaturgo y poeta de fuerte conciencia obrera, convirtió la injusticia en materia literaria. En obras como *Juan José*, la denuncia social se vuelve carne, conflicto, herida abierta. Su escritura, como la de Pons Lafuente, no se limita a describir: interpela, incomoda, exige una respuesta moral.

Ambos autores comparten una convicción esencial: la paz no puede existir donde reina la desigualdad. Pons Lafuente lo expresa a través de imágenes devastadoras —tierras en guerra, cosechas destruidas, trigo que perece entre grietas— que muestran cómo la violencia no es solo un acto bélico, sino un proceso de erosión lenta que afecta a la tierra, a la memoria, a la vida cotidiana. Dicenta, desde su teatro social, habría reconocido en esas imágenes la misma estructura de opresión que él denunciaba: los fuertes devorando a los débiles, la dignidad humana reducida a mercancía, la injusticia como sistema.

Sin embargo, la diferencia entre ambos es reveladora. Dicenta escribe desde la inmediatez del conflicto humano, desde la tensión dramática entre personajes que encarnan fuerzas sociales opuestas. Su denuncia es directa, frontal, casi física. Pons Lafuente, en cambio, introduce un tono más visionario, casi profético. Su poema se mueve entre la crónica y la alegoría: el país subastado, la tierra herida, el diluvio que llega, la paloma que asciende. Donde Dicenta muestra la lucha, ella muestra el ciclo: destrucción, purificación, renacimiento.

Y sin embargo, ambos coinciden en un punto decisivo: la esperanza no es ingenuidad, sino resistencia. En Dicenta, la esperanza se manifiesta en la rebelión, en la dignidad que se niega a desaparecer. En Pons Lafuente, aparece como una

promesa simbólica: tras la tormenta, una paloma anuncia el renacer de la paz. Esa imagen final, que remite al mito del diluvio y a la renovación del mundo, no suaviza la dureza del poema; la ilumina. La paz no es un regalo, sino una reconstrucción. No es un estado, sino un proceso.

Así, *En la nueva tierra la paz* puede leerse como una prolongación contemporánea del impulso ético que Dicenta encarnó en su obra: la necesidad de mirar la injusticia sin desviar la vista, de nombrar la violencia estructural, de recordar que la paz solo puede nacer donde la dignidad humana es respetada. Pons Lafuente, desde su tono más simbólico y meditativo, recoge esa herencia y la transforma en una visión poética donde la tierra herida aún puede renacer.

Ambos autores, cada uno desde su tiempo y su lenguaje, nos recuerdan que la paz no es un sueño, sino una tarea. Una tarea que empieza por reconocer la herida y termina por imaginar un mundo nuevo.

G. Campisi

LA PAZ¹

Giuseppe Malerba

No puedes comprarla ni inventarla
sin arrancar la cizaña del odio,
tan profundamente arraigada en tu ánimo.
No excluye vejaciones ni métodos
intrincados y costosos, provocados
por tus discordias internas, pero es posible.
La paz, si no está movida por intereses comunes
y principios de amplia visión, no puede sostener
los equilibrios del mundo, cambiados con rapidez.

Giuseppe Malerba, nacido en Terlizzi (Bari), vive en Sant’Ilario d’Enza (Reggio Emilia). Ha publicado diversas obras poéticas, favorablemente reseñadas en revistas especializadas. Ganador de numerosos primeros premios, es miembro de múltiples academias. Ha recibido tres premios a la trayectoria: “Historium” (Vasto), “Giosuè Carducci” (Roma) y “Ciudad de Pomigliano d’Arco” (Nápoles).

¹ Tomado del libro de poemas *Sinfonías... en voz baja*.

Giuseppe Malerba y Antonio Machado: dos maneras de mirar la paz desde la lucidez

Cuando se lee *La paz* en su versión española, la voz de Giuseppe Malerba aparece como la de un poeta que observa el mundo con una lucidez casi moral. Su poema no idealiza la paz ni la presenta como un estado idílico: la concibe como una tarea ardua, que exige arrancar de raíz el odio, enfrentar las discordias internas y sostener principios amplios que permitan mantener el equilibrio del mundo. Es una visión sobria, directa, sin adornos, que invita al lector a mirar hacia dentro antes de mirar hacia fuera.

Esta actitud recuerda profundamente a la de **Antonio Machado**, uno de los grandes poetas españoles del siglo XX. Machado, especialmente en sus reflexiones sobre la convivencia, la justicia y la responsabilidad individual, comparte con Malerba una convicción esencial: la paz no es un regalo ni una abstracción, sino una construcción ética que empieza en el corazón humano. En su obra, la transformación social siempre pasa por la transformación interior. Malerba expresa lo mismo cuando afirma que la paz no puede existir mientras persistan las raíces del odio dentro de cada individuo.

Ambos poetas también coinciden en su desconfianza hacia las soluciones fáciles. En *La paz*, Malerba reconoce que este ideal no excluye dificultades, tensiones ni métodos costosos. Machado, desde su experiencia histórica, sabía que la armonía no se alcanza sin esfuerzo, sin diálogo, sin una profunda revisión de los propios prejuicios. Los dos entienden

que la paz es un equilibrio frágil que requiere vigilancia y madurez.

Hay además un punto de encuentro especialmente significativo: la idea de que la paz solo puede sostenerse si se apoya en principios amplios, compartidos, casi universales. Malerba lo expresa con claridad al señalar que la paz necesita intereses comunes y una visión amplia para sostener los equilibrios del mundo. Machado, en su pensamiento más filosófico, insiste en que la convivencia humana solo puede florecer cuando se superan los egoísmos particulares y se adopta una perspectiva más generosa, más abierta, más humana.

Y sin embargo, lo más notable es el tono. Malerba escribe con una sobriedad casi meditativa, como quien ha aprendido que la paz es un trabajo silencioso. Machado, con su estilo sereno y reflexivo, también evita la grandilocuencia: prefiere la palabra sencilla, la imagen clara, la verdad íntima. Ambos poetas comparten una estética de la claridad moral.

Así, puestos uno frente al otro, Malerba y Machado parecen conversar desde dos épocas distintas pero con una misma sensibilidad. El primero habla desde una conciencia contemporánea, marcada por los cambios rápidos del mundo. El segundo desde una España que buscaba sentido en medio de sus propias fracturas. Pero ambos coinciden en lo esencial: **la paz no es un estado, sino un camino; no es un deseo, sino una responsabilidad; no es un sueño, sino una forma de lucidez.**

G. Campisi

PAZ

Soledad Martínez



Paz, ¡bendita y ansiada paz!
El mundo carece de ella,
los hombres no la conocen,
y en toda la tierra impera
increíble y locamente:
venganzas, envidias y penas.
Tú, que has dado alas a las aves
y a los hombres les das tu semejanza,
dale la paz y el sol a todo el mundo
y déjanos sentir tus maravillas,
pero danos, danos la paz y la alegría
todos los días, Señor, todos los días.
Entonces, posiblemente,
con nuestra paz en las manos
podamos vencer, dominar
las guerras, el aire, el mar,
el aura de cada hombre,
miedos, luchas, libertad,
sintiéndonos como hermanos
de toda la humanidad.
¡Oh! Paz, la del almendro en flor.
¡Oh! La dulce paz sosegada
que cada día te presentas
como el sol cada mañana.
Despertar, divina sensación,
a la luz, a la paz, a la verdad,
a ese Dios que a todos nos espera
donde no hay dolor ni soledad.

Soledad Martínez - Poeta, actriz, monólogos, recitales de poesía. Labor editorial: "Me habló la inspiración" Colección Biznaga. 1999. "Homenajes" Colección Gibralfaro. 2001. "La voz de mi poesía". Colección BIB-RAMBLA. 2010. "POESÍA "Fuego sagrado" 2022. Labor poética en 9 Antologías. Audiolibro de "Las ciudades invisibles" 2022.

Soledad Martínez en diálogo con Fray Luis de León

La poesía de Soledad Martínez en *Paz* se abre con una invocación directa, casi litúrgica: “Paz, ¡bendita y ansiada paz!”. Desde ese primer verso, la autora sitúa su poema en un territorio donde la paz no es solo un estado social, sino una presencia sagrada, una fuerza que el mundo ha perdido y que los hombres no saben reconocer. Su voz se eleva como una súplica, consciente de que la humanidad vive atrapada en venganzas, envidias y penas, y que solo una intervención divina puede restaurar la armonía perdida. La paz, en su poema, es un don que se pide con humildad, pero también con urgencia: “danos la paz y la alegría / todos los días, Señor, todos los días.”

Esta dimensión espiritual, que convierte la paz en un puente entre lo humano y lo divino, encuentra un eco profundo en la obra de **Fray Luis de León**, uno de los grandes clásicos del Renacimiento español. En poemas como *Vida retirada* o *Noche serena*, Fray Luis concibe la paz como un estado interior que solo se alcanza en la cercanía de Dios, lejos del ruido del mundo, de sus pasiones y de sus conflictos. Para él, la paz es claridad, sosiego, verdad; una luz que desciende sobre el alma y la ordena. Soledad Martínez comparte esta visión: la paz no es únicamente un ideal moral, sino una experiencia espiritual que ilumina la vida cotidiana.

Sin embargo, la diferencia entre ambos poetas es reveladora. Fray Luis busca la paz en la retirada, en el silencio, en la contemplación. Su poesía aspira a elevar el alma por encima del tumulto del mundo, hacia una esfera donde reina la armonía divina. Soledad Martínez, en cambio, no se aparta del mundo: lo mira de frente.

Reconoce su violencia, su desorden, su dolor. Su súplica nace precisamente de esa constatación: la humanidad está herida, y solo la paz —entendida como gracia— puede curarla. Donde Fray Luis se refugia en la serenidad interior, ella pide una paz que transforme la tierra, que venza guerras, miedos, luchas, que haga de los hombres hermanos.

Y sin embargo, ambos coinciden en un punto esencial: la paz es inseparable de la luz. En Fray Luis, la luz divina ordena el cosmos y el alma; en Soledad Martínez, la paz se presenta “como el sol cada mañana”, como una revelación que despierta al ser humano a la verdad y al amor. La imagen del almendro en flor, que ella utiliza para evocar la paz, podría haber sido escrita por el propio Fray Luis: es naturaleza transfigurada, símbolo de pureza, de renacimiento, de armonía.

Hay también una afinidad en el tono. Ambos poetas escriben desde una espiritualidad serena, sin estridencias, con un ritmo que recuerda la oración. La repetición —“danos, danos la paz”— funciona como un mantra, igual que en Fray Luis la cadencia de sus versos busca la calma, la claridad, la música interior. La poesía de Soledad Martínez, como la del fraile renacentista, no pretende convencer: pretende elevar.

Así, *Paz* puede leerse como una heredera contemporánea de la tradición espiritual que Fray Luis de León encarnó en el Siglo de Oro. Ambos poetas, desde tiempos y lenguajes distintos, nos recuerdan que la paz no es solo un deseo humano, sino una vocación divina; no es solo un anhelo social, sino una forma de despertar. En ambos, la paz es luz, es verdad, es renacimiento. Y en ambos, la poesía se convierte en un acto de fe en la posibilidad de un mundo más luminoso.

G. Campisi

PAZ EN BOSNIA Y HERZEGOVINA

Pero Pavlović

¡Paz para Bosnia y Herzegovina!
¡Paz bajo su cielo azul,
con su sol, su luna y sus estrellas!
¡Paz en su cálido seno!
¡Paz para esta tierra sufriente,
herida,
empapada de sangre y de odio!
¡Paz entre sus pueblos, sus culturas y sus idiomas!
¡Paz para ti, para mí, para ellos
y para toda persona de buena voluntad!
Paz en Dios,
que nos hace hermanos y hermanas
en la unidad de la diversidad.

Pero Pavlović nació en 1952 en Gradac, cerca de Neum, Bosnia y Herzegovina. Es un escritor y académico croata. Ha publicado 36 libros de poesía.

Pero Pavlović en diálogo con Fray Luis de León

La invocación a la paz que formula Pero Pavlović nace de una herida abierta. No es un poema que contemple el mundo desde la distancia, sino desde el temblor de una tierra que ha conocido el desgarró. Cuando el poeta pide paz “bajo su cielo azul” o en el “cálido seno” de Bosnia y Herzegovina, no está describiendo un paisaje: está tratando de devolverle a ese paisaje su inocencia perdida. La repetición insistente de la palabra “paz” funciona como un conjuro, como si la poesía pudiera recomponer lo que la historia ha roto. Y, sin embargo, en medio de esa urgencia civil, el poema se abre a una dimensión espiritual: la fraternidad humana como don divino, la diversidad como unidad posible.

Si desplazamos esta mirada hacia la tradición española, la voz que mejor dialoga con Pavlović es la de **Fray Luis de León**, aunque a primera vista parezcan mundos lejanos. Fray Luis escribe desde la serenidad buscada, desde la necesidad de apartarse del ruido del mundo para reencontrar la armonía interior. Pero en ambos late una misma convicción: que la paz no es solo un estado político, sino una forma de ser, una restauración profunda del ser humano.

En Pavlović, la paz es un clamor que asciende desde la tierra herida; en Fray Luis, desciende como una luz que ordena el alma. Uno mira hacia el horizonte devastado de un país que necesita reconciliarse consigo mismo; el otro hacia el interior del individuo que necesita reconciliarse con su propia naturaleza. Pero ambos coinciden en que la

paz es un acto de retorno: retorno a la dignidad, a la armonía, a la verdad de lo humano.

También la naturaleza desempeña un papel semejante en los dos. Pavlović convoca el cielo, el sol, la luna, las estrellas: elementos que permanecen incluso cuando los hombres se destruyen entre sí. Fray Luis, por su parte, encuentra en el huerto, en la fuente, en la sombra del árbol, un modelo de equilibrio que el ser humano debería imitar. En ambos casos, la naturaleza aparece como un espacio donde la paz todavía es posible, un recordatorio de que la armonía no ha desaparecido del todo.

La diferencia esencial está en el tono. Pavlović escribe desde la urgencia de un tiempo histórico desgarrado; Fray Luis desde la contemplación de un orden eterno. Pero esa diferencia no los separa: los complementa. El primero nos recuerda que la paz es necesaria aquí y ahora, entre pueblos y lenguas concretas; el segundo que la paz solo puede sostenerse si nace de un fundamento espiritual más profundo.

Así, el diálogo entre ambos poetas revela una verdad que atraviesa siglos y geografías: la paz es siempre una tarea doble, exterior e interior, histórica y espiritual. Pavlović la reclama para un país; Fray Luis la reclama para el alma. Y en esa doble reclamación se ilumina una misma esperanza: que el ser humano, pese a todo, puede volver a ser hermano del otro y del mundo que habita.

G. Campisi

GENERAR LA PAZ

María del Socorro Maestro Payró

Que la paz envuelva al mundo
con su manto de alegría,
que en los campos de batalla
se genere amor profundo,
que las bombas y misiles
se disipen al instante
se conviertan en palabras
que acaricien a las almas,
las conforten y bendigan.
Que la voz de los poetas
denuncien injusticias,
defiendan la paz, la libertad
el amor, el perdón,
el respeto por la vida,
la solidaridad y compasión.
**¡Generar la paz
es tu misión!**

María del Socorro Maestro Payró (GÉMINIS) nace en Veracruz, Ver. y radica en la Ciudad de México, México. Escritora y poeta. Vicepresidente para México de la Organización Mundial de Trovadores (O.M.T.) Miembro de The Cove/Rincón International. Libros publicados: “Plenitud en Primavera” y “¿Crees que sí? - Pues NO...” Su obra se encuentra en antologías nacionales e internacionales.

María del Socorro Maestro Payró en diálogo con Netzahualcōyotl

La poesía de María del Socorro Maestro Payró en *Generar la paz es tu misión* se levanta como un canto luminoso donde la paz no es solo un deseo, sino una responsabilidad humana. Desde el primer verso —“Que la paz envuelva al mundo / con su manto de alegría”— la autora imagina la paz como una fuerza activa, casi táctil, capaz de cubrir la tierra y transformar incluso los espacios más devastados. Su visión es profundamente performativa: las bombas y los misiles pueden “convertirse en palabras”, y esas palabras, lejos de herir, “acaricien a las almas, / las conforten y bendigan”. La poesía, en su mirada, no es un adorno: es un instrumento de transformación moral.

Esta concepción de la palabra como fuerza creadora encuentra un eco poderoso en la obra de Netzahualcōyotl, el gran poeta clásico del México prehispánico. En sus cantos, la palabra es un puente entre el mundo humano y el mundo divino, una herramienta capaz de dar forma a la verdad, de consolar, de elevar. Para Netzahualcōyotl, la poesía es un acto sagrado: “¿Acaso de veras se vive con raíz en la tierra?”, se pregunta, y en esa pregunta late la misma conciencia que anima el poema de Maestro Payró: la necesidad de encontrar sentido, armonía y belleza en un mundo marcado por la fragilidad y el conflicto.

Sin embargo, la diferencia entre ambos poetas es reveladora. Netzahualcōyotl contempla la paz desde una perspectiva metafísica: la serenidad nace de la conciencia de lo efímero, de la aceptación de que la vida es un canto breve que debe vivirse con plenitud y respeto. Su paz es interior, filosófica, ligada a la contemplación del mundo y a la búsqueda de lo divino. Maestro Payró, en cambio, escribe desde una urgencia ética: la paz debe ser defendida, proclamada, construida. No basta con comprenderla; hay

que generarla. Su poema es un llamado a la acción, un mandato que interpela directamente al lector: “¡Generar la paz / es tu misión!”.

Y sin embargo, ambos coinciden en un punto esencial: la paz nace de la palabra. En Netzahualcóyotl, la palabra poética es un modo de ordenar el mundo, de honrar la vida, de acercarse a los dioses. En Maestro Payró, la palabra es un arma benigna que sustituye a la violencia, un bálsamo que cura, un gesto que bendice. Ambos poetas creen en la capacidad transformadora del lenguaje: la poesía no describe la paz, la convoca.

Hay también una afinidad en la manera en que ambos conciben la humanidad. Maestro Payró imagina un mundo donde los poetas denuncian injusticias y defienden la libertad, el perdón, la solidaridad. Netzahualcóyotl, desde su visión filosófica, también llama a la fraternidad, a la humildad, a la conciencia de que todos los seres humanos comparten un destino común. En ambos, la paz es inseparable de la compasión.

Así, *Generar la paz es tu misión* puede leerse como una heredera contemporánea del impulso espiritual que animó la poesía de Netzahualcóyotl: la convicción de que la palabra es un acto sagrado, capaz de transformar el mundo. Maestro Payró recoge esa herencia y la proyecta hacia el presente, convirtiendo la poesía en un llamado ético, en una responsabilidad compartida, en una misión humana.

Ambos poetas, desde tiempos y culturas distintas, nos recuerdan que la paz no es un sueño pasivo, sino una creación. Una creación que empieza en la palabra y se extiende hacia la vida. Una creación que, como un canto antiguo, aún resuena en nosotros.

G. Campisi

ORÁCULO

Cristina Pizarro Soldi

Thérese contempla los arbustos del huerto
descubre en la semilla algo oculto
todavía invisible.
Recuerda el embate de las olas
de aquella tarde taciturna
teme al retorno de encrespadas tempestades
se arroja en lo más profundo del mar
encuentra un hipocampo
y
en la morada silenciosa
se une a su amado.

Redoblan las campanas jubilosas.

Lo visible ahora es lo eterno.

Cristina Pizarro Soldi - Buenos Aires. República Argentina.
Poeta y ensayista. Publicó trece libros de poesía, seis libros de teoría literaria, artículos de crítica en Alba de América y otras revistas literarias. Primer Premio de Poesía Gente de Letras, Buenos Aires, 1996. Diploma de honor del Instituto Literario y Cultural Hispánico de California, 2007. Master in International Poetry, Commissione di Lettura Internazionale con sede in Trento. 2013. Premio “Embajador Rubén Vela” a la Trayectoria en Poesía, 2014. Postgrado en Escrituras y Creatividad, 2020.
<https://www.youtube.com/channel/UCYSlasBzCL0WeS1BcbI7L8g>

Cristina Pizarro Soldi en diálogo con Oliverio Gironde

La poesía de Cristina Pizarro Soldi en *Oráculo* se despliega como una visión íntima donde lo cotidiano — un huerto, unos arbustos, una semilla— se abre hacia lo simbólico y lo trascendente. Thérese, la figura central, contempla, recuerda, teme, se arroja al mar y finalmente se une a su amado en una “morada silenciosa”. El poema avanza como un pequeño rito iniciático: de la semilla invisible al encuentro amoroso, del temor a la revelación, de lo oculto a lo eterno. La imagen final —“Lo visible ahora es lo eterno”— funciona como un sello místico, casi como una epifanía que transforma la experiencia en destino.

Esta sensibilidad, donde lo real se vuelve súbitamente metafísico, encuentra un contrapunto fascinante en la obra de **Oliverio Gironde**, uno de los grandes poetas clásicos de Buenos Aires. Aunque Gironde suele asociarse al humor, la ruptura y la experimentación vanguardista, en libros como *Persuasión de los días* o *En la masmédula* aparece una veta profundamente espiritual, donde el cuerpo, el deseo y la percepción se convierten en puertas hacia lo absoluto. Gironde, como Pizarro Soldi, entiende que lo visible puede ser apenas un umbral: detrás de una imagen mínima —un gesto, un temblor, un destello— puede revelarse lo eterno.

Sin embargo, la diferencia entre ambos es reveladora. Pizarro Soldi escribe desde una imaginería suave, casi contemplativa: el huerto, la semilla, el mar, el hipocampo. Su tono es íntimo, delicado, cargado de resonancias míticas. Gironde, en cambio, irrumpe con un lenguaje explosivo, desbordado, donde la percepción se

fragmenta y se multiplica. Donde Cristina construye un viaje interior que culmina en la unión amorosa, Girondo suele desarmar la experiencia para mostrar su intensidad, su vértigo, su potencia vital.

Y sin embargo, ambos comparten un núcleo profundo: la convicción de que el amor y la percepción transforman la realidad. En *Oráculo*, Thérèse atraviesa el miedo, se sumerge en el mar, encuentra un ser mítico y se une a su amado. En Girondo, el amor también es un salto, un desborde, una forma de trascender los límites del yo. Ambos poetas conciben el encuentro amoroso como un acto de revelación: no se trata solo de un vínculo humano, sino de un acceso a otra dimensión del ser.

Hay también una afinidad en la manera en que ambos trabajan la imagen del mar. En Pizarro Soldi, el mar es profundidad, riesgo, transformación. En Girondo, el mar aparece como un espacio de intensidad sensorial, un territorio donde la identidad se disuelve y se reinventa. En ambos casos, el mar es un símbolo de tránsito: un pasaje hacia lo desconocido.

La campana jubilosa que cierra el poema de Pizarro Soldi podría dialogar con la musicalidad interna de Girondo, con ese ritmo que late en sus versos incluso cuando parecen romperse. La campana anuncia una revelación; Girondo, desde su estilo único, también busca ese instante donde la palabra toca lo inefable.

Así, *Oráculo* puede leerse como una pieza que, desde la serenidad y la delicadeza, dialoga con la tradición porteña de la exploración interior y la búsqueda de lo absoluto. Cristina Pizarro Soldi y Oliverio Girondo, cada uno desde su estética, coinciden en un punto esencial: la poesía es un modo de ver más allá de lo visible, un modo de convertir lo efímero en eterno.

G. Campisi

EL SER HUMANO

Chicha Cerecedo Rego

Lo más complejo del SER HUMANO
es existir entre EL BIEN y EL MAL,
porque lo inmenso gravita en todos
con unas pautas

y
libertad.

Chicha Cerecedo Rego vive y trabaja en A Puebla do Caramiñal, A Coruña, España. Publicaciones y colaboraciones: está presente en el Diccionario Biográfico Internacional, 1997, IBC, Cambridge, Inglaterra. Colaboradora trimestral de la revista de ficción, no ficción, poesía Miscelánea Literaria... en España, desde el invierno de 2015. Está presente en las antologías de poesía de Clarín. Brisas poéticas modernas (obra poética latinoamericana y española, California, E.U.A). Exposición poética - Artístico-literario internacional. (Las Ediciones Paisaje). Celebridades de la última década del siglo XX (Academia Mundial de Literatura Moderna). Publicaciones en la Generalidad de la Conselleria de Seguridad Social de Valencia de 1995 a 1999, también en la revista El Ateneo del Nord en 1991 y 1992. En poesía antología Galicia 1990. Libros: Lazos 2015; Caminando con los Sentidos 2015; La niña de la aldea 2016, 3ª edición; Despertar en el año crepuscular 2016; Huellas de tiempo 2016; El océano del olvido 2017. Todos Edizioni Cardeñoso, Vigo. Sus últimos libros de poesía bilingüe publicados por Edizioni Universum: “Arena e agua” italiano, español, inglés; “Sueño y realidad” italiano, español, gallego; “Fragmentos para ti” español, gallego; “Ramas al viento” italiano, español, francés; “Mirando a la Esperanza del Mundo” en español; “Melodía espiritual” italiano, español.

Chicha Cerecedo Rego y Rosalía de Castro: un diálogo gallego sobre la condición humana

La poesía de Chicha Cerecedo Rego en *El ser humano* se presenta como una reflexión pronunciada casi en voz baja, pero con la firmeza de quien ha llegado a una verdad que no necesita adornos. El poema es breve, apenas un puñado de versos, y sin embargo contiene una idea que pesa más que muchas páginas: la existencia humana como un equilibrio inestable entre el bien y el mal. Chicha no dramatiza, no eleva la voz; simplemente constata. Y en esa sobriedad hay una hondura que sorprende. El ser humano, dice, vive entre fuerzas que gravitan en todos, y lo hace con unas pautas y con libertad. Esa palabra final —libertad— abre el poema hacia un territorio ético que no se impone, sino que se ofrece.

Esta mirada esencial, casi desnuda, encuentra un eco natural en Rosalía de Castro, la gran voz gallega que supo convertir la introspección en un modo de conocimiento. Rosalía, desde su sensibilidad herida y luminosa, también entendió que el ser humano es un ser dividido, que en su interior conviven impulsos contrarios, deseos que se enfrentan, sombras que no se disipan del todo. En *Follas novas* y *En las orillas del Sar*, esa tensión aparece una y otra vez: la alegría que se quiebra, la tristeza que ilumina, la esperanza que lucha por mantenerse viva. Rosalía no formula la dualidad moral como lo hace Chicha, pero la vive, la respira, la convierte en música.

Hay entre ambas una afinidad que no nace del estilo, sino de la mirada. Chicha observa al ser humano desde la claridad; Rosalía, desde la emoción. Pero las dos coinciden en que la existencia no es un camino recto, sino

un territorio donde se cruzan fuerzas que no siempre sabemos gobernar. Chicha lo dice con la concisión de una sentencia; Rosalía, con la vibración de un sentimiento que no encuentra reposo. Y sin embargo, en ambas late una misma compasión: la certeza de que el ser humano es frágil, contradictorio, vulnerable, y que precisamente por eso merece ser comprendido.

La diferencia más profunda entre ellas está en el modo de acercarse a esa complejidad. Chicha escribe desde la síntesis, como si cada palabra hubiera sido elegida después de descartar muchas otras. Rosalía escribe desde el desbordamiento interior, desde una voz que se abre paso entre dudas y temblores. Donde una delimita, la otra se expande. Donde una afirma, la otra pregunta. Pero ambas, cada una desde su tiempo y su sensibilidad, miran al ser humano con una mezcla de lucidez y ternura que las hermana más allá de las distancias.

Puestas una frente a la otra, Chicha Cerecedo Rego y Rosalía de Castro parecen conversar desde dos Galicia distintas —una contemporánea, otra decimonónica— pero con una misma intuición: que existir es moverse entre fuerzas opuestas, y que la libertad, por pequeña que sea, es el espacio donde cada uno decide quién es. En ese senmpisitido, *El ser humano* puede leerse como una prolongación moderna de la pregunta rosalianesca: qué somos, qué nos mueve, qué nos divide. Y la poesía, en ambas, aparece como el lugar donde esa pregunta encuentra su forma más verdadera.

G. Campisi

UTOPIA HUMANA

Susana Ríbolo

En el umbral del castillo
de mi filosofía
una utopía se cobija inquieta.
La hiel el frío en la noche oscura
la mata el hambre, el llanto, la sangre.
Quimera de sueño humano
no debe alojarse en lugar confuso.
Quiero sentirla tibia de vida,
aunque hecha hilachas
entre espejismos y realidad.

Utopía, quimera, sueño
todo humano.
Solo adentro puede estar la paz

Susana Ríbolo - Nació en Hersilia provincia de Santa Fe, Argentina, el 20 de abril de 1950, y reside en Ceres, ciudad de la misma provincia. Docente a cargo del espacio curricular Lengua y Literatura hasta el año 2009. A partir de ese año, acogida a los beneficios de la jubilación, continuó con estudios sobre el lenguaje. Obtuvo el título de Técnico Superior en la Corrección de Textos, egresada del Instituto Superior de Lengua Eduardo Mallea de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Realizó cursos, a distancia, sobre informes de lectura en Cálamo y Cran, centro de máster y cursos de posgrado en Madrid, España. Participó del grupo Juglares de Luz y Lorca. Actualmente desarrolla actividades en talleres de literatura y teatro. Gusta relacionarse con los amantes de la lectura, la escritura y la comunicación en línea, y participa de antologías poéticas regionales e internacionales.

Susana Ríbolo y Juan L. Ortiz: dos miradas santafesinas hacia la utopía interior

La poesía de Susana Ríbolo en *Utopía humana* nace en un umbral: el del “castillo de mi filosofía”, un espacio íntimo donde la autora observa cómo una utopía —frágil, temblorosa, casi herida— busca cobijo. La imagen es poderosa: la utopía no aparece como un ideal luminoso, sino como una criatura vulnerable, que tiembla de frío, que sufre hambre, llanto y sangre. Ríbolo no la coloca en un pedestal, sino en un rincón oscuro donde lucha por sobrevivir. Y sin embargo, la poeta no renuncia a ella: quiere sentirla “tibia de vida”, aunque esté hecha hilachas entre espejismos y realidad. La utopía, dice, es humana; y la paz, si existe, solo puede nacer adentro.

Esta manera de concebir la utopía —no como un horizonte político, sino como un estado interior— encuentra un eco profundo en la obra de **Juan L. Ortiz**, el gran poeta de Entre Ríos, figura esencial de la literatura argentina y una de las voces más delicadas y contemplativas del Litoral. Aunque Ortiz no nació en Santa Fe, su obra está íntimamente ligada a la región: su poesía dialoga con el Paraná, con los pueblos ribereños, con la sensibilidad litoraleña que une a Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes en una misma respiración poética. Y es precisamente en esa respiración donde se encuentra el punto de contacto con Ríbolo.

Ortiz también concibe la utopía como un estado interior, como una forma de mirar el mundo desde la delicadeza. En sus poemas, la esperanza no es un programa ni una consigna: es un temblor, una luz tenue que se sostiene apenas, como la utopía de Ríbolo que se cobija en el castillo de la filosofía. Ortiz sabe que la

belleza es frágil, que la paz es frágil, que todo lo humano es frágil. Y sin embargo, insiste en contemplarlo, en sostenerlo, en darle un lugar. Ríbolo hace lo mismo: protege su utopía, aunque esté desgarrada, aunque sea apenas un hilo de vida.

Hay entre ambos una afinidad en la manera de entender la vulnerabilidad. Ríbolo escribe: “La hiel el frío en la noche oscura / la mata el hambre, el llanto, la sangre”. Ortiz, en muchos de sus poemas, también observa cómo la belleza tiembla, cómo la luz se apaga, cómo la esperanza se vuelve casi imperceptible. Pero ninguno de los dos renuncia a ella. La utopía, para ambos, no es un triunfo: es una resistencia. Una llama pequeña que se protege con las manos.

La diferencia entre ellos está en el tono. Ríbolo escribe desde una interioridad que se debate entre la filosofía y la emoción, entre la lucidez y el desgarró. Ortiz escribe desde una contemplación casi mística, donde la utopía se confunde con el paisaje, con el río, con la respiración del mundo. Donde Ríbolo habla de hilachas, Ortiz habla de brumas. Donde ella ve espejismos, él ve reflejos. Pero ambos comparten la certeza de que la paz no se encuentra afuera, sino adentro.

Puestos uno frente al otro, Susana Ríbolo y Juan L. Ortiz parecen conversar desde dos sensibilidades distintas —una más filosófica, otra más contemplativa— pero con una misma intuición: la utopía humana es frágil, y sin embargo necesaria. No se aloja en los grandes discursos, sino en el interior de cada persona. Y la paz, si alguna vez llega, no vendrá del mundo: vendrá del alma que la sostiene.

G. Campisi

POR LA PAZ

María Rosa Rzepka

La vida recomienza a cada paso,
a cada instante renace y se perfila
la búsqueda incesante, el bienestar,
el asomarse al mundo cada día.
Hay quien deambula pobre por el mundo
buscando paz y un plato de comida
Sin tener culpas ni cuentas a su cargo,
son el resabio del odio que aniquila.
El odio y corruptela de la mano
deciden el futuro y la ignominia
mientras marchan los pueblos desangrados
muy lento hacia la muerte, sin salida.
Ante el horror sembremos la poesía,
la paz, el canto, compartiendo todo.
Aunque se haya instalado la barbarie,
falta de humanidad, odio a la vida.
Si la violencia se opone a nuestros gestos
redoblemos la apuesta sin medida.
Basta de armas, de pueblos sojuzgados
por el color, la raza o la mentira.
Las flores con colores diferentes
alegran el entorno, dignifican.
Que importa su color si nos ofrecen
su aroma y su belleza, sinfonía.

Ya no más armas, nuestra guerra sea
escrita por los niños con porfía
Por aprender las letras, cultivarse
construir un nuevo mundo donde reine
la paz como suprema alegoría
Alzándose las voces en un coro
para entonar el Himno a la alegría.

María Rosa Rzepka Escritora por afición y coraje.
Participante cuyas obras han sido distinguidas en
certámenes nacionales e internacionales. Géneros
abordados: poesía, cuento, relato, novela corta,
plástica visual incluyendo fotografía. Seis obras
editadas y participación en diversas Antologías.
Residente de Florencio Varela, prov. de Buenos
Aires. República Argentina.

María Rosa Rzepka y Alfonsina Storni: dos voces porteñas que siembran la paz desde la herida del mundo

La poesía de María Rosa Rzepka en *Por la paz* avanza como un largo aliento que mezcla denuncia, compasión y esperanza. Desde el primer verso —“La vida recommienza a cada paso”— la autora instala una mirada que no se resigna: incluso en un mundo desgarrado por el odio, la corrupción y la miseria, la vida insiste en renacer. Su poema es un recorrido por las heridas del presente: los pueblos desangrados, los inocentes que deambulan sin culpa, la barbarie instalada como una sombra que parece no tener fin. Pero, frente a ese horror, Rzepka propone un gesto profundamente humano: sembrar poesía, sembrar canto, compartirlo todo. La paz, para ella, no es un concepto abstracto, sino una práctica que se construye con actos, con palabras, con gestos que se oponen a la violencia.

Esta sensibilidad —que combina la lucidez crítica con una ternura resistente— encuentra un eco natural en la obra de **Alfonsina Storni**, una de las grandes voces clásicas de Buenos Aires. Aunque Storni no escribe sobre la paz en términos explícitos, su poesía está atravesada por la misma tensión que recorre el poema de Rzepka: la lucha entre un mundo hostil y la necesidad de preservar la dignidad humana. En textos como *Hombre pequeñito*, *Tú me quieres blanca* o *Peso ancestral*, Storni denuncia la injusticia, la opresión, la violencia simbólica y social que atraviesa la vida cotidiana. Su voz, como la de Rzepka, no se limita a señalar el dolor: lo transforma en conciencia.

Hay entre ambas poetas una afinidad profunda en la manera de mirar al ser humano. Rzepka observa a quienes “deambulan pobres por el mundo / buscando paz y un plato de comida”, víctimas de un odio que no les pertenece. Storni, desde otro registro, también se detiene en los vulnerables, en los que cargan pesos que no eligieron, en los que sufren por estructuras

que los superan. Las dos escriben desde una compasión activa, que no se conforma con lamentar, sino que busca despertar.

La diferencia entre ellas está en el modo de construir esa mirada. Rzepka escribe desde una amplitud casi coral: su poema abarca pueblos, razas, colores, sistemas enteros. Su voz se eleva como un llamado colectivo: “Basta de armas”, “redoblemos la apuesta”, “alzándose las voces en un coro”. La paz, en su visión, es un movimiento social, una fuerza que debe nacer de la unión de muchos. Storni, en cambio, escribe desde la intimidad herida: su denuncia nace del cuerpo, de la experiencia personal, de la mujer que se enfrenta a un mundo que la hiere. Donde Rzepka convoca a la humanidad entera, Storni habla desde la soledad de quien resiste.

Y sin embargo, ambas coinciden en un punto esencial: la poesía como acto de resistencia. Rzepka lo dice sin rodeos: “Ante el horror sembramos la poesía”. Storni, aunque no lo formule así, lo practica en cada verso: su poesía es una forma de rebelión, una manera de decir lo que el mundo intenta callar. Las dos creen en la palabra como herramienta de transformación, como espacio donde la vida puede recomenzar.

Hay también un gesto compartido hacia la belleza como forma de reconciliación. Rzepka imagina flores de colores diferentes que dignifican el entorno, que ofrecen su aroma sin preguntar por el color. Storni, en muchos de sus poemas, también recurre a la naturaleza como símbolo de libertad, de pureza, de verdad. Ambas encuentran en la belleza un camino hacia la paz.

Así, *Por la paz* puede leerse como una prolongación contemporánea de la sensibilidad ética que Alfonsina Storni encarnó en su tiempo: la certeza de que la poesía no es un refugio, sino un arma luminosa; que la paz no se hereda, sino que se construye; que la vida, incluso herida, puede recomenzar a cada paso.

G. Campisi

VA, PENSIERO

Kurt F. Svatek

El sonido de la paz,
que muchos creían tener tan grabado en los oídos,
¡qué rápido se olvida
ante el aullido agitado de las sirenas,
ante el estruendo de los motores de los aviones,
ante la caída de las bombas!

¿Existe un arpa de ángel
que lo toque una y otra vez
para aquellos que no quieren escucharlo?
¿Existen lenguas de ángeles
que hablen de la paz tanto tiempo
hasta que, aunque tarde, sean oídas?

¿Existen las palomas
que baten sus alas ante los párpados cegados
hasta que todos, incluso quienes no quieren,
tengan que perder de vista la guerra?
¿Existe el aguacero
que también lave los pensamientos?

¿Existe todo eso fuera del sueño?
¿Existe el sonido suave pero constante de la paz?
Quizá, pero seguro que existe
y aun así seguro no es.
No obstante: *Va, pensiero, sull'ali dorate,*
...Vuela, pensamiento, sobre alas doradas.

Kurt F. Svatek – Nacido en Viena en 1949, Kurt F. Svatek ha sido una figura destacada en el panorama literario austríaco, desempeñándose como vicepresidente de la sección de Baja Austria y tesorero del P.E.N.-Club de Austria. Su obra, vasta y diversa, abarca poemarios, aforismos, ensayos, relatos breves, haikus y dos novelas, además de artículos dedicados a cuestiones filológicas y un libro de carácter didáctico. A lo largo de su trayectoria, sus textos han encontrado espacio en numerosas revistas y han sido traducidos a una amplia variedad de lenguas, llevando su voz a lectores de distintos continentes. Esta difusión internacional le ha valido un considerable número de reconocimientos y premios provenientes de múltiples países, consolidándolo como un autor cuya palabra trasciende fronteras y géneros.

Kurt F. Svatek y Antonio Machado: dos voces que interrogan la paz desde la fragilidad del mundo

Leer *Va, pensiero* de Kurt F. Svatek es entrar en un territorio donde la paz aparece como un sonido tenue, casi imperceptible, que lucha por sobrevivir en medio del estruendo del mundo. El poema avanza desde una constatación dolorosa —la facilidad con que olvidamos la paz ante las sirenas, los motores y las bombas— hacia una serie de preguntas que funcionan como un lamento y, al mismo tiempo, como una esperanza: ¿existen arpas de ángeles?, ¿lenguas que hablen de la paz hasta ser escuchadas?, ¿palomas capaces de obligarnos a ver más allá de la guerra?, ¿un aguacero que lave incluso los pensamientos? Svatek escribe desde la duda, desde la incertidumbre, desde un sueño que no sabe si puede existir fuera del sueño. Y, sin embargo, en el último verso, la cita verdiana —*Va, pensiero, sull'ali dorate*— abre una rendija luminosa: el pensamiento puede volar, aunque sea sobre alas doradas de deseo.

Esta manera de interrogar la paz desde la fragilidad humana encuentra un eco profundo en **Antonio Machado**, uno de los grandes clásicos españoles cuya obra está atravesada por la

conciencia del dolor colectivo y la búsqueda de una esperanza que no se rinde. Machado, especialmente en *Campos de Castilla*, también contempla un mundo desgarrado por la violencia, la injusticia y la ceguera moral. Y, como Svatek, responde con preguntas más que con certezas. En poemas como *¿La guerra?*, *A un olmo seco* o *El mañana efímero*, Machado se pregunta si es posible la regeneración, si la vida puede brotar en un tronco herido, si la esperanza puede sobrevivir al estruendo de la historia. Su voz, como la de Svatek, no proclama: duda, observa, interroga.

Hay entre ambos poetas una afinidad evidente en la manera de situar la paz en un plano moral y simbólico. Svatek imagina arpas, palomas, aguaceros, ángeles: figuras que intentan despertar a una humanidad que no quiere escuchar. Machado, desde su sobriedad castellana, también recurre a símbolos —el árbol, la fuente, la tierra, la luz— para hablar de la dignidad humana y de la necesidad de un renacer interior. Los dos entienden que la paz no es un decreto político, sino un estado del alma que debe ser aprendido, escuchado, casi revelado.

La diferencia entre ellos está en el tono. Svatek escribe desde una sensibilidad centroeuropea marcada por la ironía suave y la melancolía reflexiva. Su poema es una sucesión de preguntas que no buscan respuesta inmediata, sino conciencia.

Machado, en cambio, escribe desde una gravedad ética que nace del paisaje y de la historia española. Su voz es más terrenal, más ligada al sufrimiento concreto de los pueblos, más comprometida con la denuncia. Donde Svatek pregunta, Machado advierte. Donde Svatek sueña, Machado exhorta.

Y, sin embargo, ambos convergen en un punto esencial: la paz es un sonido frágil que puede perderse entre los ruidos del mundo, pero también puede renacer si aprendemos a escucharlo. Svatek lo sugiere con su pregunta final: “¿Existe el sonido suave pero constante de la paz?” Machado habría respondido con uno de sus versos más íntimos: “Se hace camino al andar”. La paz, para ambos, no es un estado: es un camino, un aprendizaje, un vuelo del pensamiento.

Así, puestos uno frente al otro, Kurt F. Svatek y Antonio Machado parecen conversar desde dos geografías distintas —una centroeuropea, otra castellana— pero con una misma sensibilidad: la certeza de que la paz es un ideal que se construye con escucha, con conciencia y con palabra. Y que la poesía, cuando se atreve a preguntar, puede convertirse en la primera forma de respuesta.

G. Campisi

EN EL NOMBRE DE LA PAZ

Encarna Gómez Valenzuela

Convoquemos a la paz
para que por ella brille la verdad,
el amor y la esperanza
y la solidaridad en el mundo.

Convoquemos a la paz y a la justicia
para que los pobres tengan pan
y los parados trabajo,
y los ancianos cariño,
y los niños un regazo y una escuela
y unos padres y todo el amor
que podamos depararles.

Convoquemos a la paz para
desdibujar la violencia, para que no
existan las guerras, ni las disputas,
para que el ser humano no sufra marginación,
ni abusos, ni desprecios, ni atropellos.
Erradiquemos el dolor de este planeta.

Convoquemos a la paz y a la tolerancia.
Ayudemos al hermano, al amigo y al vecino.
Seamos solidarios y comprensivos
con el inmigrante, con el que no tiene nada,
sólo sus manos, vacías, porque carece de todo.

Convoquemos a la paz y a la armonía
para que el entendimiento entre
todas las culturas, entre las etnias
y entre los pueblos sea una realidad.

Para mejorar el mundo y no ser noche
ni tristeza ni desolación de la pena.

Eradiquemos de esta tierra la injusticia,
la crueldad y la discriminación,
el desamor y la ira, la soberbia,
la prepotencia y el miedo.

En el nombre de la paz convoco a la comprensión
y a la equidad a todos los seres humanos,
a los pueblos, a los países y a sus gentes.
Brindemos nuestra ayuda a aquel que lo necesite.
Aprendamos a vivir todos juntos, como hermanos.

La vida es una lucha cotidiana
que, a veces, pesa y agobia
y hunde en el desaliento.
Será más llevadera, más liviana, más amable
si alguien nos ayuda, nos sonríe y nos alienta,
si alguien nos enseña que el sol, cada mañana,
puede volver a brillar, como luminosa hoguera,
en el límpido cristal de nuestras pupilas.

Encarna Gómez Valenzuela - Nació en Pegalajar (Jaén), España. Es profesora de E.G.B. e impulsora de la lectura entre el alumnado. Es miembro activo de diversos grupos literarios. Atraída por la magia de la Literatura, recreó cuentos de tradición oral, escuchados en la infancia. Escribe poesía y narrativa de producción propia —cuentos, relatos, novelas, artículos periodísticos y reseñas literarias de otros autores leídos—. También se dedica a presentar y a apoyar a otros escritores contemporáneos.

**Encarna Gómez Valenzuela y Antonio
Machado: dos voces jiennenses
que convocan a la paz
desde la dignidad humana**

La poesía de Encarna Gómez Valenzuela en *En el nombre de la paz* se despliega como una invocación amplia, generosa, casi litúrgica. Cada estrofa comienza con un llamado —“Convoquemos a la paz”— que funciona como un latido, como un ritmo que sostiene todo el poema. La autora no se limita a desear la paz: la convoca, la reclama, la exige como un derecho fundamental de todos los seres humanos. Su voz se eleva desde una ética profundamente solidaria: pan para los pobres, trabajo para los parados, cariño para los ancianos, escuela y regazo para los niños. La paz, en su visión, no es un concepto abstracto: es justicia, es cuidado, es dignidad.

Esta sensibilidad encuentra un eco natural en **Antonio Machado**, el gran poeta nacido en Sevilla pero profundamente ligado a la provincia de Jaén, donde vivió, enseñó y escribió algunos de sus versos más memorables. En *Campos de Castilla*, Machado también concibe la paz como una tarea moral que nace del respeto al ser humano y de la denuncia de la injusticia. Su mirada sobre España —herida por la pobreza, la desigualdad, la violencia social— resuena con fuerza en el poema de Encarna, que también observa un mundo donde “los pueblos desangrados” avanzan lentamente hacia la muerte.

Ambos poetas comparten una convicción esencial: la paz no puede construirse mientras exista la marginación, el desprecio, el abuso. Encarna lo dice con claridad: “Erradiquemos el dolor de este planeta”. Machado, desde su tono más sobrio, también denuncia la crueldad, la soberbia,

la prepotencia que corrompen la vida colectiva. Los dos entienden que la paz no es solo ausencia de guerra, sino presencia de justicia.

La diferencia entre ellos está en el modo de articular esa esperanza. Encarna escribe desde una voz coral, comunitaria: convoca a los pueblos, a las culturas, a las etnias, a los países. Su poema es un llamado colectivo, un manifiesto ético que busca unir a la humanidad en un mismo gesto de solidaridad. Machado, en cambio, escribe desde la contemplación del paisaje y de la historia: su voz es la de un caminante que observa, reflexiona y denuncia. Donde Encarna convoca, Machado medita. Donde ella exhorta, él interroga.

Y sin embargo, ambos coinciden en un punto decisivo: la necesidad de educar para la paz. Encarna imagina una guerra escrita por los niños, una guerra de letras, de aprendizaje, de cultivo interior. Machado, en muchos de sus poemas, también ve en la infancia un espacio de pureza, de verdad, de posibilidad. La educación, para ambos, es el camino hacia un mundo más justo.

Hay también una afinidad en la manera de mirar la vida cotidiana. Encarna escribe: “La vida es una lucha cotidiana que, a veces, pesa y agobia”. Machado, en sus versos más íntimos, también reconoce ese cansancio, ese desaliento que acompaña al ser humano. Pero los dos encuentran un gesto que alivia: una sonrisa, una mano tendida, un rayo de sol que vuelve a brillar. La esperanza, en ambos, es humilde pero persistente.

Así, *En el nombre de la paz* puede leerse como una prolongación contemporánea del espíritu machadiano: la poesía como responsabilidad moral, como defensa del débil, como siembra de luz en un mundo herido. Encarna Gómez Valenzuela recoge esa tradición y la transforma en un llamado urgente, dirigido a todos, sin excepción. Porque la paz —como la poesía— solo existe cuando se comparte.

G. Campisi

SOLDADO

Patricia Vena

Apoya el fusil,
soldado,
y toma la azada.
Bájate del tanque,
soldado,
y sube al tractor.
Deja de destruir
y trata de crear.
Háganlo todos
háganlo juntos
vayan para el otro lado
lejos del frente
que se la arreglen ellos
generales políticos
y gobernantes.
Vuelvan a casa
abracen a sus mujeres
a sus hijos
a sus padres
y a sus madres.
Bailen y canten
levanten las copas
y brinden por la Paz
brinden por la Vida
brinden por el Futuro.

Patricia Vena – Poeta, escritora y traductora. Vive en la región de Las Marcas. Publicó varios libros de poesía y relatos, también en ediciones bilingües (italiano–español).

Patricia Vena y Atahualpa Yupanqui: dos voces argentinas que le hablan al soldado desde la humanidad

Cuando uno lee *Soldado*, de Patricia Vena, siente que la poeta se dirige a un hombre concreto, de carne y hueso, pero también a un símbolo: el ser humano atrapado en una maquinaria que no eligió. La voz del poema no ordena: invita. No acusa: comprende. Le pide al soldado que deje el fusil, que abandone el tanque, que vuelva a la tierra, a la casa, a los afectos. Es un llamado a recuperar lo que la guerra —cualquier guerra— arrebató: la humanidad.

Ese gesto, tan directo y tan argentino, encuentra un eco inmediato en la obra de **Atahualpa Yupanqui**, quien a lo largo de su vida escribió y cantó sobre la dignidad del hombre común, sobre la injusticia, sobre la necesidad de volver a la tierra y al trabajo creador. En muchas de sus letras y poemas, Yupanqui también le habla al hombre que sufre, al que está lejos de su casa, al que carga un arma sin quererlo. Su mirada, como la de Vena, es profundamente compasiva: no juzga al individuo, sino al sistema que lo empuja a la violencia.

En *Soldado*, la poeta propone un gesto simple pero revolucionario: cambiar un arma por una herramienta de trabajo, un tanque por un tractor. Yupanqui, desde su universo criollo, habría entendido perfectamente ese gesto. Para él, la tierra era un lugar de verdad, de trabajo honesto, de identidad. La guerra, en cambio, era siempre una imposición ajena, una ruptura del

orden natural de la vida.

Hay algo más que los une: **la defensa de la vida cotidiana como espacio sagrado**. Vena invita al soldado a volver a su casa, a abrazar a su familia, a brindar por la vida y por el futuro. Yupanqui, en sus versos, también vuelve una y otra vez a la casa, al rancho, al fogón, a la familia como núcleo de sentido. Ambos poetas saben que la paz no es una idea abstracta: es un abrazo, una mesa compartida, un canto, una copa levantada.

Y sin embargo, lo más fuerte de esta comparación no está en lo que dicen, sino en cómo lo dicen. Vena escribe con una claridad luminosa, casi urgente, como quien quiere salvar a alguien antes de que sea demasiado tarde. Yupanqui, con su tono pausado y su sabiduría de hombre de campo, también habla desde un lugar de urgencia moral, pero lo hace con la serenidad de quien conoce los ritmos de la tierra y de la vida.

Los dos, cada uno desde su época y su sensibilidad, parecen decirle al soldado —y a todos nosotros— que la verdadera valentía no está en la guerra, sino en la capacidad de elegir la vida. Que la paz no es pasividad, sino un acto de coraje. Que el futuro no se construye con armas, sino con manos que trabajan y corazones que aman.

Así, puestos uno frente al otro, Patricia Vena y Atahualpa Yupanqui se revelan como dos voces argentinas que, desde distintos caminos, llegan a la misma verdad: **la humanidad es más fuerte que la guerra, y la poesía es un modo de recordarlo**.

G. Campisi

PAZ

Juan Emilio Ríos Vera

Paz, que palabra tan rotunda,
tan certera, que con solo tres letras
es como una salva de cañón
que inunda de luz el mundo.

Paz, que palabra tan audaz
y tan osada, que no necesita
más letras ni sílabas para unir
a los hombres en torno
a la convivencia, el intercambio
y la concordia.

Paz, qué milagro para la humanidad
concentrar toda la esperanza
de un mundo solidario en un solo
golpe de voz sonoro y definitivo,
incontestable y poderoso.

La paz es sencilla y clara,
diáfana, firme y rotunda.

Nada hay tan puro y tan inquebrantable.

Por ello, no permitamos que nadie
la mancille, poniendo sus manos
manchadas de sangre sobre
su cuerpo blanco, imaculado,
límpido y cristalino.

Preservemos su nombre y
su significado con el arma exclusiva
de la alianza de todos los pueblos
del mundo unidos en pos
de un ideal de convivencia
y de respeto.

Todo el mundo cabe en la palabra paz,
a pesar de su aparente reducido espacio,
con sus culturas diferentes, sus costumbres
ancestrales, sus colores tan diversos,

sus lenguas tan distintas, sus ritos y credos
tan alejados y hasta antagónicos,
sus idiosincrasias que conciben el mundo
de maneras tan autóctonas e intransferibles.
Nadie queda fuera pues en la paz
no hay fronteras, aduanas, muros ni otra
bandera que la blanca e impoluta donde
cabén todos los colores de la paleta.
Toda la paz es un espacio abierto
al mestizaje, al intercambio, a la fusión,
al diálogo, a la algarabía, a la mezcla
de ideas, razas, cosmovisiones, idiomas,
costumbres, credos y culturas,
defendidos con pasión y entusiasmo,
pero con el arma definitiva de la palabra.

Juan Emilio Ríos Vera - Nació en Algeciras (España) en 1966. Licenciado en Filología Hispánica. Presidente del Ateneo “José Román” de Algeciras y de la Sección VI del Instituto de Estudios Campogibraltares. Presidente de la Agrupación Poética “José Luis Cano”. Socio del Ateneo Republicano “Blasco Ibáñez” de Valencia y de la Asociación de Poetas pro Derechos Humanos. Premio “Aljabibe” de Poesía en 2012. Escudo de Oro de la Unión Nacional de Escritores (2014), medalla de san Isidoro de Sevilla de la UNEE (2018), insignia de oro de la ciudad de Algeciras. Poeta, narrador, articulista y novelista. Presidente fundador del Ateneo de Manilva. Pregonero de la Feria del Libro de Algeciras, dedicada al Ateneo de Algeciras en 2019. Presidente del club rotario Estepona-Sotogrande International, que preside desde Julio de 2021. En 2021 ha recibido entre otros galardones la Estrella Dorada, que concede el colectivo Utopía Poética Universal, y el Escudo de Plata de la Unión Hispanomundial de poetas y la medalla al mérito literario de la Comunidad literaria de lectores “Pájaros del alma”. Entre sus obras destacan: *Engendros de la ira* (poesía), *La última columna antes del precipicio* (artículos periodísticos), *El caserón de la malmuerta* (relatos), *La mujer esqueleto* (leyenda ilustrada). Ha publicado su primera novela: *Abdul, el moro asturiano* junto a Ahmed Ksiri, y tras *El regreso de la golondrina*, ya trabajan en una tercera que se titulará *Todos los colores del cielo*.

**Juan Emilio Ríos Vera y José María
Pemán: dos gaditanos que elevan
la palabra “paz” hasta convertirla
en un ideal universal**

La poesía de Juan Emilio Ríos Vera en *Paz* se construye como un himno luminoso, una celebración de la palabra misma antes que de cualquier concepto abstracto. Desde el primer verso —“Paz, qué palabra tan rotunda”— el poeta convierte el término en un objeto casi sagrado, un núcleo de sentido capaz de contener en tres letras toda la esperanza de la humanidad. Su poema avanza como una meditación creciente: la paz es audaz, osada, definitiva; es un milagro que concentra en un solo golpe de voz la posibilidad de un mundo solidario. Ríos Vera no describe la paz: la invoca, la protege, la defiende de quienes podrían mancillarla. Y, sobre todo, la concibe como un espacio abierto donde caben todas las culturas, todas las razas, todas las lenguas, un territorio sin fronteras donde la diversidad no divide, sino que enriquece.

Esta manera de elevar la palabra hasta convertirla en un símbolo absoluto encuentra un eco profundo en la obra de **José María Pemán**, uno de los autores clásicos más representativos de Cádiz. Pemán, especialmente en sus poemas más líricos y en sus textos de tono humanista, también concibe ciertos valores —la armonía, la concordia, la belleza— como fuerzas capaces de unir a los seres humanos

más allá de sus diferencias. Su escritura, marcada por un sentido musical y solemne, comparte con la de Ríos Vera esa voluntad de convertir la palabra en un estandarte, en un espacio donde la humanidad pueda reconocerse.

Hay entre ambos poetas una afinidad evidente en la manera de entender la universalidad. Ríos Vera afirma que “todo el mundo cabe en la palabra paz”, incluso con sus colores, credos y costumbres tan diversos. Pemán, desde su sensibilidad clásica, también defendió la idea de una cultura que, aun siendo profundamente española, podía dialogar con lo universal. En ambos, la palabra se convierte en puente, en lugar de encuentro, en territorio común.

La diferencia entre ellos está en el modo de construir ese ideal. Ríos Vera escribe desde una claridad contemporánea, directa, casi celebratoria. Su poema es un canto expansivo, un manifiesto que se abre hacia el futuro. Pemán, en cambio, escribe desde una tradición más solemne, más anclada en la retórica clásica y en la musicalidad del verso. Donde Ríos Vera exalta la diversidad como riqueza, Pemán tiende a buscar la unidad desde la armonía estética y moral. Pero ambos coinciden en que la palabra — cuando es verdadera — puede convertirse en un arma pacífica, en una herramienta de concordia.

Hay también un punto de encuentro especialmente significativo: la defensa de la pureza simbólica. Ríos Vera escribe: “No permitamos que nadie la mancille”, refiriéndose a la paz como un cuerpo blanco e inmaculado. Pemán, en muchos de sus poemas, también utiliza la imagen de lo blanco,

lo puro, lo cristalino como metáfora de los valores que deben preservarse. Ambos poetas recurren a la luz como símbolo de verdad y de esperanza.

Y, sin embargo, la afinidad más profunda entre ellos está en la convicción de que la paz —como la poesía— es un acto humano. No nace de los gobiernos ni de las instituciones, sino de la voluntad de los pueblos, de la alianza entre culturas, de la palabra compartida. Ríos Vera lo dice con claridad: la paz se defiende “con el arma definitiva de la palabra”. Pemán, desde su tradición clásica, habría reconocido en esa frase la esencia misma de la literatura: la palabra como fuerza moral.

Así, puestos uno frente al otro, Juan Emilio Ríos Vera y José María Pemán parecen conversar desde dos Cádiz distintos —uno contemporáneo, otro clásico— pero con una misma sensibilidad: la certeza de que la paz es un ideal que se construye con lenguaje, con belleza, con respeto. Y que la poesía, cuando se escribe desde esa convicción, puede convertirse en un espacio donde el mundo entero cabe sin excluir a nadie.

G. Campisi

BUENOS Y SABIOS VIENTOS

Bella Clara Ventura

La marea me trae sueños.
En cada ola aparecen letras.
Húmedas se deslizan por mi rostro.
La P se instala en los ojos.
La A en el olfato.
La Z encaja en los zapatos.
Camino la paz sin pisar sus misterios.
Se entrega con su música.
Celestial y divina invade mi cuerpo.
En la boca se instala su presencia.
Un llamado se hace sonoro.
Precisa de su canto.
El corazón alberga el sentimiento
de saberla nuestra.
La acaricio de día y de noche.
Me desvela por un momento.
La anhelo para el semejante
que entienda que la paz
es nuestra esencia.
Regalo de un trabajo interior,
merecedor del aplauso.
Perfume de humanidad.
Rocío de cada mañana en su despertar.
Vientos sabios y buenos.

saben donde atracar su belleza.

Imparte sus dones.

Dádivas del amor.

Surtidor de bienestar.

Fuente de esplendores.

Bella Clara Ventura, poeta y novelista colombo mexicana israelí. Con más de 40 libros en su haber, publicados en diversas partes del mundo con traducciones y numerosas preseas. Invitada a múltiples encuentros literarios en los cinco continentes. Doctorado Honoris causa en el 2010 por la Academia de Arte y Literatura de Los Estados Unidos. Declarada como una de las 50 mujeres más importantes de la cultura por la Universidad Santo Tomás de Bogotá. Nunca cesa de escribir porque para ella la escritura es vida y su sentido de ser y de proyectarse. Ama las letras, con ellas se engolosina y hace camino al andar.

Bella Clara Ventura y Jacobo Fijman: dos sensibilidades místico-poéticas unidas por la búsqueda interior de la paz

La poesía de Bella Clara Ventura en *Buenos y sabios vientos* se abre como una experiencia sensorial y espiritual. La paz no es aquí un concepto abstracto ni un ideal social: es una presencia viva que se encarna en el cuerpo, que se desliza por los sentidos, que se instala en los ojos, en el olfato, en la boca. La autora convierte la palabra *paz* en un organismo que respira, que vibra, que se entrega con música “celestial y divina”. Cada letra —P, A, Z— se vuelve un signo que toca la piel, que acompaña el caminar, que guía una transformación interior. La paz es esencia, perfume, rocío, dádiva, fuente. No se conquista: se reconoce. No se impone: se despierta.

Esta manera de concebir la paz como un fenómeno íntimo, casi místico, encuentra un eco profundo en la obra de **Jacobo Fijman**, el gran poeta argentino de origen judío nacido en Moldavia pero formado y consagrado en México, figura singular de la poesía hispanoamericana. Fijman, como Ventura, entiende la experiencia espiritual como un proceso sensorial y luminoso. En sus poemas, la luz invade el cuerpo, la palabra se vuelve revelación, y la paz —aunque rara vez nombrada— aparece como un estado de gracia, como un resplandor interior que transforma la percepción del mundo.

Ambos poetas comparten una sensibilidad que

podríamos llamar *místico-corpórea*: la espiritualidad no se vive en el pensamiento, sino en la carne. Ventura escribe: “La paz invade mi cuerpo”. Fijman, en muchos de sus versos, deja que la luz “entre por los ojos”, “queme el alma”, “purifique la sangre”. Los dos conciben la experiencia interior como un acontecimiento físico, palpable, que atraviesa los sentidos y los resignifica.

La diferencia entre ellos está en la dirección de esa experiencia. Ventura se mueve hacia la celebración: su poema es un canto, un abrazo, una caricia. La paz es un regalo, un perfume, un rocío que despierta la humanidad. Fijman, en cambio, se mueve hacia la ascensión: su poesía es más austera, más desnuda, más marcada por la búsqueda de lo divino en medio del sufrimiento. Donde Ventura acaricia, Fijman purifica. Donde ella danza con los vientos, él se eleva hacia la luz. Pero ambos coinciden en que la paz es un trabajo interior, un estado que se alcanza desde la transformación del alma.

Hay también una afinidad en la manera de relacionarse con el lenguaje. Ventura juega con las letras, las distribuye en el cuerpo, las convierte en signos vivos. Fijman, desde su tradición mística, también concibe la palabra como un instrumento de revelación: cada término es una llave, un símbolo, un puente hacia lo invisible. Los dos poetas creen en la palabra como fuerza creadora, como espacio donde lo espiritual se hace materia.

Y, sin embargo, la afinidad más profunda entre ambos está en la convicción de que la paz —como

la poesía— es un don que se recibe y se comparte. Ventura escribe: “La anhelo para el semejante... que entienda que la paz es nuestra esencia”. Fijman, desde su silencio luminoso, también sugiere que la luz interior solo tiene sentido cuando se irradia hacia los otros. La paz, para ambos, es un estado que se expande, que se contagia, que se vuelve un bien común.

Así, puestos uno frente al otro, Bella Clara Ventura y Jacobo Fijman parecen conversar desde dos geografías distintas, una colombiana-mexicana, otra judío-mexicana, pero con una misma sensibilidad: la certeza de que la paz no se encuentra afuera, sino adentro; que es un viento sabio que sabe dónde atracar; que es un esplendor que nace del trabajo interior y se convierte en un don para el mundo.

G. Campisi

CIELO DE CUARENTENA

Miguel Werner

El reseteo global
decretado por los poderes de este mundo
dan sus últimos coletazos.

El paciente Cielo
dará su respuesta.

Las hijas e hijos divinos
despertarán a los pueblos,
y tambalearán los títeres.

Sol y Luna resplandecerán
en renovada Fe,
junto a Estrellas de Esperanza.
Activarán su brillo y Amor original.

Abrazarán a la nueva humanidad,
y celebrarán, juntos,
a la libertada Creación,
como una familia, en Paz.

Miguel Werner, Buenos Aires, Argentina - Licenciado en Comunicación Social (Universidad Nacional de Entre Ríos, 1998). Se desempeñó durante una década como fotógrafo social, colaborando en distintos medios, y otros 10 años como corresponsal de una agencia internacional de noticias. Realizó otras variadas tareas periodísticas, educativas, culturales, interreligiosas y solidarias en distintas entidades de la sociedad civil.

Miguel Werner y Jorge Luis Borges: dos miradas porteñas que leen el cielo como un destino compartido

La poesía de Miguel Werner en *Cielo de cuarentena* nace de un tiempo herido, pero no se queda en la superficie del acontecimiento. Desde los primeros versos —“El reseteo global / decretado por los poderes de este mundo”— el poema se sitúa en un umbral: la crisis histórica es apenas el telón de fondo de una transformación más profunda. Werner no describe la pandemia ni sus efectos inmediatos; prefiere elevar la mirada hacia un plano simbólico donde el Cielo, paciente y silencioso, prepara su respuesta. En su visión, la humanidad no está sola: Sol, Luna y Estrellas resplandecerán en una fe renovada, despertando a los pueblos y abrazando a una “nueva humanidad” que celebrará la creación “como una familia, en Paz”.

Esta manera de leer el mundo desde lo alto, de convertir los astros en interlocutores y la historia en un escenario metafísico, encuentra un eco natural en **Jorge Luis Borges**, el gran poeta clásico de Buenos Aires. Borges, aunque más escéptico y menos profético, también concibe el universo como un tejido de símbolos donde cada acontecimiento humano tiene un reflejo en el cielo. En muchos de sus poemas, el Sol, la Luna y las estrellas no son elementos decorativos: son signos de un orden secreto, de una verdad que se intuye más que se

comprende. Werner, desde su sensibilidad contemporánea, retoma esa tradición y la transforma en un canto de esperanza.

Hay entre ambos poetas una afinidad evidente en la manera de relacionar lo humano con lo cósmico. Werner escribe desde la convicción de que los astros participan en la renovación espiritual de la humanidad. Borges, desde su tono más sobrio, habría reconocido en esa visión la estructura simbólica que él mismo exploró: el universo como un libro abierto, donde cada luz es una palabra y cada sombra, un misterio. Los dos entienden que el cielo no es un paisaje, sino un lenguaje.

La diferencia entre ellos está en el modo de interpretar ese lenguaje. Werner escribe desde la esperanza: su poema anuncia un despertar, una celebración, una humanidad reconciliada. Borges, en cambio, escribe desde la duda metafísica: su mirada es más contemplativa, más interrogativa, menos confiada en la posibilidad de una redención colectiva. Donde Werner ve un porvenir luminoso, Borges ve un laberinto. Donde Werner anuncia, Borges reflexiona. Pero ambos coinciden en que la poesía es el puente entre el hombre y lo eterno.

Hay también un punto de encuentro en la manera de concebir la crisis. Para Werner, la crisis global es el preludio de un renacimiento espiritual. Para Borges, la crisis —ya sea personal o histórica— es un momento de revelación, un instante en que el ser humano comprende su fragilidad y su destino. Los dos poetas ven en la ruptura una oportunidad para mirar más allá de lo inmediato.

Y, sin embargo, la afinidad más profunda entre ellos está en la convicción de que la paz es un estado del espíritu antes que una condición política. Werner lo dice explícitamente: la nueva humanidad celebrará la creación “como una familia, en Paz”. Borges, aunque no lo formule así, sugiere en muchos de sus poemas que la verdadera paz es interior, una serenidad que nace del reconocimiento de nuestro lugar en el universo.

Así, puestos uno frente al otro, Miguel Werner y Jorge Luis Borges parecen conversar desde dos Buenos Aires distintas —una contemporánea, otra clásica— pero con una misma sensibilidad: la certeza de que el destino humano se juega tanto en la historia como en el cielo, y que la poesía, cuando se atreve a mirar hacia arriba, puede revelar el sentido oculto de nuestro tiempo.

G. Campisi

Conclusión

Este volumen, **Diálogos de Paz: Poetas Contemporáneos en Conversación con los Clásicos Hispánicos**, se cierra con la misma convicción con la que fue concebido: la certeza de que la poesía es un territorio donde las épocas se encuentran, donde las heridas dialogan y donde la esperanza se renueva. A lo largo de estas páginas, voces contemporáneas de distintas geografías han conversado con los grandes maestros de la tradición hispánica, no para buscar refugio en el pasado, sino para iluminar el presente con una mirada más amplia, más profunda, más humana.

Cada análisis comparativo ha mostrado que, pese a las diferencias de tiempo, estilo y sensibilidad, los poetas comparten un mismo impulso esencial: **dar testimonio de la condición humana**. Ya sea desde la guerra o desde la naturaleza, desde la memoria o desde la intimidad, desde la denuncia o desde la contemplación, todos ellos escriben para comprender y para sanar. La paz —tema central de este libro— aparece así no como un ideal abstracto, sino como una tarea ética que atraviesa generaciones.

Los clásicos hispánicos aportan la raíz, la tradición, la profundidad histórica. Los poetas contemporáneos aportan la urgencia, la herida abierta, la necesidad de decir ahora. Entre unos y otros se teje un puente que demuestra que la literatura no es una sucesión de voces aisladas, sino

una conversación continua que atraviesa siglos y fronteras.

Este libro invita al lector a escuchar esa conversación. A descubrir que la poesía puede ser un acto de resistencia luminosa, un espacio de consuelo, un gesto de responsabilidad. Y, sobre todo, a comprender que la paz —como la palabra— solo existe cuando se comparte.

Que estas páginas sirvan, entonces, como un recordatorio y como un compromiso: **la poesía sigue siendo un lugar donde la humanidad puede encontrarse, reconocerse y caminar hacia la luz sin dejar a nadie atrás, como escribe mi esposa en su último poema.**

G. Campisi



Nota biográfica

Giovanni Campisi, editor, poeta, escritor, ensayista, traductor y crítico literario, nació en Galati

Mamertino en 1956. A lo largo de sus treinta y cinco años de actividad literaria ha recibido numerosos premios en Italia y, sobre todo, en el extranjero. Entre los reconocimientos más significativos figuran diversas nominaciones al Premio Nobel por parte de asociaciones culturales internacionales, el doctorado *honoris causa* en disciplinas humanísticas otorgado por la Interamerican University of Humanistic Studies (Florida, EE. UU.) y el título *honoris causa* de Doctor en Literatura (Litt.D.) concedido por el International Poetry Translation and Research Center, registrado simultáneamente en los Estados Unidos y en la República Popular China.

Ha escrito numerosos ensayos en varias lenguas. Este año ha publicado:

- **L'Universo Donna nella Poetica di Ornella Cappuccini** (en italiano),
- **L'Universo Donna nei Dipinti di Maria Kalatzi** (en griego),
- **Weibliche Identitätsmodelle in der Poetik Kurt Svateks** (en alemán),
- **Le voci della foresta**, ensayo, narrativa y poesía (en italiano e inglés).

Índice general

Prefacio Diálogos de Paz: Poetas Contemporáneos en Conversación con los Clásicos Hispánicos	3
Nadie debe quedarse atrás, <i>Renza Agnelli</i>	6
La paz como legado y como misión:	
<i>Renza Agnelli</i> en diálogo con <i>Antonio Machado</i>	8
Guerra y Paz, <i>María del Carmen Aranda</i>	11
<i>María del Carmen Aranda</i> y <i>Francisco de Quevedo</i> : dos miradas madrileñas hacia la herida del mundo	13
La flor de la paz, <i>María Cristina Azcona</i>	15
<i>María Cristina Azcona</i> y <i>Leopoldo Lugones</i> : dos maneras argentinas de imaginar la paz y la luz	16
En tanto que se oxidan las espadas, <i>Antonia María Carrascal</i>	19
<i>Antonia María Carrascal</i> y <i>Gustavo Adolfo Bécquer</i> : dos voces sevillanas que buscan la paz desde la intimidad	21
En busca de la paz, <i>Higorca Gómez Carrasco</i>	24
<i>Higorca Gómez Carrasco</i> y <i>Joan Maragall</i> en diálogo sobre la paz y la naturaleza	25
Guerra en Ucrania, <i>Sara Ciampi</i>	28
<i>Sara Ciampi</i> y <i>César Vallejo</i> : un diálogo de humanidades heridas	29
La última batalla, <i>Vasiliki Dragouni</i>	31
<i>Vasiliki Dragouni</i> y <i>Octavio Paz</i> : dos miradas que nacen del caos	33
Paz paz paz <i>Elías Domingo Galati</i>	36
<i>Elías Domingo Galati</i> y <i>Evaristo Carriego</i> en un mismo latido porteño	37

La paz no se construye con palomas, <i>Isa Guerra</i>	40
<i>Isa Guerra y Tomás Morales</i>	
ante el conflicto y la esperanza	42
La paz,	
<i>Azucena de los Ángeles Farías Hernández</i>	45
<i>Azucena de los Ángeles Farías Hernández</i>	
en diálogo con <i>Amado Nervo</i>	46
Jazz cuarteto “Canto a la Libertad”,	
<i>Luis Ángel Marín Ibáñez</i>	49
<i>Luis Ángel Marín Ibáñez y Gustavo Adolfo</i>	
<i>Bécquer</i> ante la música, la noche y la libertad	51
Me declaro culpable. Un acto de palabra y cicatriz,	
<i>Ernesto Kahan</i>	54
<i>Ernesto Kahan y Juan Gelman</i> : dos voces que	
escriben desde la herida que no deja de sangrar	56
En la nueva tierra la paz.	
<i>María Consuelo Pons Lafuente</i>	58
<i>María Consuelo Pons Lafuente</i>	
en diálogo con <i>Joaquín Dicenta</i>	60
LA PAZ, <i>Giuseppe Malerba</i>	63
<i>Giuseppe Malerba y Jorge Luis Borges</i> :	
dos maneras de mirar la paz desde la lucidez	64
PAZ, <i>Soledad Martínez</i>	66
<i>Soledad Martínez</i> en diálogo con	
<i>Fray Luis de León</i>	67
Paz en Bosnia y Herzegovina, <i>Pero Pavlović</i>	69
<i>Pero Pavlović</i> en diálogo con <i>Fray Luis de León</i>	70
Generar la paz,	
<i>María del Socorro Maestro Payró</i>	72
<i>María del Socorro Maestro Payró</i>	

en diálogo con <i>Netzahualcóyotl</i>	73
Oráculo, <i>Cristina Pizarro Soldi</i>	75
<i>Cristina Pizarro Soldi</i> en diálogo con <i>Oliverio Gironde</i>	76
El ser humano, <i>Chicha Cerecedo Rego</i>	78
<i>Chicha Cerecedo Rego</i> y <i>Rosalía de Castro</i> : un diálogo gallego sobre la condición humana	79
Utopía humana, <i>Susana Ribolo</i>	81
<i>Susana Ribolo</i> y <i>Juan L. Ortiz</i> : dos miradas santafesinas hacia la utopía interior	82
Por la paz, <i>María Rosa Rzepka</i>	84
<i>María Rosa Rzepka</i> y <i>Alfonsina Storni</i> : dos voces porteñas que siembran la paz desde la herida del mundo	86
Va, pensiero, <i>Kurt F. Svatek</i>	88
<i>Kurt F. Svatek</i> y <i>Antonio Machado</i> : dos voces que interrogan la paz desde la fragilidad del mundo	90
En el nombre de la paz, <i>Encarna Gómez Valenzuela</i>	93
<i>Encarna Gómez Valenzuela</i> y <i>Antonio Machado</i> : dos voces jiennenses que convocan a la paz desde la dignidad humana	95
Soldado, <i>Patricia Vena</i>	97
<i>Patricia Vena</i> y <i>Atahualpa Yupanqui</i> : dos voces argentinas que le hablan al soldado desde la humanidad	98
Paz, <i>Juan Emilio Ríos Vera</i>	100
<i>Juan Emilio Ríos Vera</i> y <i>José María Pemán</i> : dos gaditanos que elevan la palabra “paz” hasta convertirla en un ideal universal	102

Buenos y sabios vientos, <i>Bella Clara Ventura</i>	105
<i>Bella Clara Ventura</i> y <i>Jacobo Fijman</i> :	
dos sensibilidades místico-poéticas unidas	
por la búsqueda interior de la paz	107
Cielo de cuarentena, <i>Miguel Werner</i>	110
<i>Miguel Werner</i> y <i>Jorge Luis Borges</i> :	
dos miradas porteñas que leen el cielo	
como un destino compartido	111
Conclusión	114
Nota biográfica	116

Índice de autores

Poetas contemporáneos

Agnelli, Renza	6-8
Aranda, María del Carmen	11-13
Azcona, María Cristina	14-16
Carrascal, Antonia María	19-21
Gómez Carrasco, Higorca	24-25
Ciampi, Sara	28-29
Dragouni, Vasiliki	31-33
Galati, Elías Domingo	36-37
Guerra, Isa	40-42
Ángeles Farías Hernández, Azucena de los	45-46
Marín Ibáñez, Luís Ángel	49-51
Kahan, Ernesto	54-56
Pons Lafuente, María Consuelo	58-60
Malerba, Giuseppe	63-64
Martínez, Soledad	66-67
Pavlović, Pero	69-70
Socorro Maestro Payró, María del	72-73
Pizarro Soldi, Cristina	75-76
Cerecedo, Rego Chicha	78-79
Ríbolo, Susana	81-82
Rzepka, María Rosa	84-86
Svatek, Kurt F.	88-90
Gómez Valenzuela, Encarna	93-95
Vena, Patricia	97-98
Ríos Vera, Juan Emilio	100-102
Ventura, Bella Clara	105-107
Werner, Miguel	110-111

Clásicos hispánicos en diálogo

Bécquer, Gustavo Adolfo	21-51
Borges, Jorge Luis	111
Carriego, Evaristo	37
Castro, Rosalía de	79
Dicenta, Joaquín	60
Fijman, Jacobo	107
Gelman, Juan	56
Girondo, Oliverio	76
León, Fray Luis de	67-70
Lugones, Leopoldo	16
Machado, Antonio	8-64-90-95
Maragall, Joan	25
Morales, Tomás	42
Nervo, Amado	46
Netzahualcóyotl	73
Ortiz, Juan L.	82
Paz, Octavio	33
Pemán, José María	102
Quevedo, Francisco de	13
Storni, Alfonsina	86
Vallejo, César	29
Yupanqui, Atahualpa	98

Bibliografía

1. Renza Agnelli ↔ Antonio Machado 8
1. Poeta contemporáneo — Renza Agnelli 6
 - Agnelli, Renza. «Nadie debe quedarse atrás». En la revista: *CENTRO CULTURAL SAN FRANCISCO SOLANO*, dirigida por Marcelo Guerin, Argentina, 2025.
2. Clásico hispánico — Antonio Machado 8
 - Machado, Antonio. *Campos de Castilla*. Ed. Cátedra, Madrid.
2. María del Carmen Aranda ↔ Francisco de Quevedo 11
1. Poeta contemporáneo — María del Carmen Aranda 9
 - Aranda, María del Carmen. «Guerra y Paz». En: *PAX TOTO ORBE TERRARUM*, Edizioni Universum, 2022.
2. Clásico hispánico — Francisco de Quevedo 11
 - Quevedo, Francisco de. *Poesía completa*. Ed. José Manuel Blecua, Gredos.
3. María Cristina Azcona ↔ Leopoldo Lugones 15
1. Poeta contemporáneo — María Cristina Azcona 14
 - Azcona, María Cristina. «La flor de la paz». En: *PAX TOTO ORBE TERRARUM*, Edizioni Universum, 2022.
2. Clásico hispánico — Leopoldo Lugones 15
 - Lugones, Leopoldo. *Lunario sentimental*. Ed. Losada.
4. Antonia María Carrascal ↔ Gustavo Adolfo Bécquer 21
1. Poeta contemporáneo — Antonia María Carrascal 19

- Carrascal, Antonia María. «En tanto que se oxidan las espadas». En: *PAX TOTO ORBE TERRARUM*, Edizioni Universum, 2022.
- 2. Clásico hispánico — Gustavo Adolfo Bécquer
 - Bécquer, Gustavo Adolfo. *Rimas y leyendas*. Ed. Cátedra.
- 5. Higorca Gómez Carrasco ↔ Joan Maragall 25
 - 1. Poeta contemporáneo — Higorca Gómez Carrasco 24
 - Gómez Carrasco, Higorca. «En busca de la paz». En: *PAX TOTO ORBE TERRARUM*, Edizioni Universum, 2022.
 - 2. Clásico hispánico — Joan Maragall
 - Maragall, Joan. *Obres completes*. Ed. Selecta.
- 6. Sara Ciampi ↔ César Vallejo 29
 - 1. Poeta contemporáneo — Sara Ciampi 28
 - Ciampi, Sara. «Guerra en Ucrania». En: *PAX TOTO ORBE TERRARUM*, Edizioni Universum, 2022.
 - 2. Clásico hispánico — César Vallejo
 - Vallejo, César. *Poemas humanos*. Ed. Losada.
- 7. Vasiliki Dragouni ↔ Octavio Paz 33
 - 1. Poeta contemporáneo — Vasiliki Dragouni 31
 - Dragouni, Vasiliki. «La última batalla». En: *PAX TOTO ORBE TERRARUM*, Edizioni Universum, Trento, 2022.
 - 2. Clásico hispánico — Octavio Paz
 - Paz, Octavio. *El arco y la lira*. Fondo de Cultura Económica de España, Madrid, 1972
- 8. Elías Domingo Galati ↔ Evaristo Carriego 37
 - 1. Poeta contemporáneo — Elías Domingo Galati 36

- Galati, Elías Domingo. «Paz, paz, paz». En: *PAX TOTO ORBE TERRARUM*, Edizioni Universum, Trento, 2022.
- 2. Clásico rioplatense — Evaristo Carriego
- Carriego, Evaristo. *Misas herejes*. Editorial La Cultura Argentina, 1908.
- 9. Isa Guerra ↔ Tomás Morales 42
- 1. Poeta contemporánea — Isa Guerra 40
- Guerra, Isa. «La paz no se construye con palomas». En: *PAX TOTO ORBE TERRARUM*, Edizioni Universum, Trento, 2022.
- 2. Clásico canario — Tomás Morales
- Morales, Tomás. *Las Rosas de Hércules*. Imprenta La Verdad, Las Palmas de Gran Canaria, 1922.
- 10. Azucena de los Ángeles Farías Hernández ↔ Amado Nervo 46
- 1. Poeta contemporánea — Azucena de los Ángeles Farías Hernández 45
- Farías Hernández, Azucena de los Ángeles. «La paz». En: *PAX TOTO ORBE TERRARUM*, Edizioni Universum, Trento, 2022.
- 2. Clásico mexicano — Amado Nervo
- Nervo, Amado. *La amada inmóvil*. Editorial Maucci, Barcelona, 1922.
- 11. Luís Ángel Marín Ibáñez ↔ Gustavo Adolfo Bécquer 51
- 1. Poeta contemporáneo — Luís Ángel Marín Ibáñez 49
- Marín Ibáñez, Luís Ángel. «Jazz Cuartet “Canto a la Libertad”». En: *PAX TOTO ORBE TERRARUM*, Edizioni Universum, Trento, 2022.

2. Clásico español — Gustavo Adolfo Bécquer
- Bécquer, Gustavo Adolfo. *Rimas*. Imprenta y Librería de Gaspar y Roig, Madrid, 1871.
12. Ernesto Kahan ↔ Juan Gelman 56
1. Poeta contemporáneo — Ernesto Kahan 54
- Kahan, Ernesto. «Me declaro culpable». En: **Editada en 2025**.
2. Clásico argentino — Juan Gelman
- Gelman, Juan. *Cólera buey*. Editorial Seix Barral, Barcelona, 1971.
13. María Consuelo Pons Lafuente ↔ Joaquín Dicenta 60
1. Poeta contemporánea — María Consuelo Pons Lafuente 58
- Pons Lafuente, María Consuelo. «En la nueva tierra la paz». En: *PAX TOTO ORBE TERRARUM*, Edizioni Universum, Trento, 2022.
2. Clásico español — Joaquín Dicenta
- Dicenta, Joaquín. *Juan José*. Imprenta de la Revista de Legislación, Madrid, 1895.
14. Giuseppe Malerba ↔ Antonio Machado 64
1. Poeta contemporáneo — Giuseppe Malerba 63
- Malerba, Giuseppe. «La paz» (versión española). En: *PAX TOTO ORBE TERRARUM*, Edizioni Universum, Trento, 2022.
2. Clásico español — Antonio Machado
- Machado, Antonio. *Campos de Castilla*. Renacimiento, Madrid, 1912.
15. Soledad Martínez ↔ Fray Luis de León 67

1. Poeta contemporánea — Soledad Martínez 66
 - Martínez, Soledad. «Paz». En: *PAX TOTO ORBE TERRARUM*, Edizioni Universum, Trento, 2022.
2. Clásico español — Fray Luis de León
 - Fray Luis de León. *Poesías*. Imprenta de Benito Cano, Madrid, 1791.
16. Pero Pavlović ↔ Fray Luis de León 70
 1. Poeta contemporáneo — Pero Pavlović 69
 - Pavlović, Pero. «Paz». En: *PAX TOTO ORBE TERRARUM*, Edizioni Universum, Trento, 2022.
 2. Clásico español — Fray Luis de León
 - Fray Luis de León. *Poesías*. Imprenta de Benito Cano, Madrid, 1791.
17. María del Socorro Maestro Payró ↔ Netzahualcōyotl 73
 1. Poeta contemporánea — María del Socorro Maestro Payró 72
 - Maestro Payró, María del Socorro. «Generar la paz es tu misión». En: *PAX TOTO ORBE TERRARUM*, Edizioni Universum, Trento, 2022.
 2. Clásico mexicano — Netzahualcōyotl
 - Netzahualcōyotl. *Cantares mexicanos* (poesía atribuida). Edición facsimilar de la Biblioteca Nacional de México, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 1985.
18. Cristina Pizarro Soldi ↔ Oliverio Gironde 76
 1. Poeta contemporánea — Cristina Pizarro Soldi 75
 - Pizarro Soldi, Cristina. «Oráculo». En: *PAX TOTO ORBE TERRARUM*, Edizioni Universum, Trento, 2022.

2. Clásico argentino — Oliverio Girondo
- Girondo, Oliverio. *Persuasión de los días*. Editorial Losada, Buenos Aires, 1942.
19. Chicha Cerecedo Rego ↔ Rosalía de Castro 79
1. Poeta contemporánea — Chicha Cerecedo Rego 78
- Cerecedo Rego, Chicha. «El ser humano». En: *PAX TOTO ORBE TERRARUM*, Edizioni Universum, Trento, 2022.
2. Clásico gallega — Rosalía de Castro
- Castro, Rosalía de. *Follas novas*. Juan Compañel, Vigo, 1880.
20. Susana Ríbolo ↔ Juan L. Ortiz 82
1. Poeta contemporánea — Susana Ríbolo 81
- Ríbolo, Susana. «Utopía humana». En: *PAX TOTO ORBE TERRARUM*, Edizioni Universum, Trento, 2022.
2. Clásico argentino — Juan L. Ortiz
- Ortiz, Juan L. *En el aura del sauce*. Editorial Biblioteca Vigil, Rosario, 1970.
21. María Rosa Rzepka ↔ Alfonsina Storni 86
1. Poeta contemporánea — María Rosa Rzepka 84
- Rzepka, María Rosa. «Por la paz». En: *PAX TOTO ORBE TERRARUM*, Edizioni Universum, Trento, 2022.
2. Clásico argentina — Alfonsina Storni
- Storni, Alfonsina. *Peso ancestral*. En: *Mundo de siete pozos*, Editorial Tor, Buenos Aires, 1934.
22. Kurt F. Svatek ↔ Antonio Machado 90
1. Poeta contemporáneo — Kurt F. Svatek 88
- Svatek, Kurt F. «Va, pensiero». En: *PAX TOTO ORBE TERRARUM*, Edizioni Universum, Trento, 2022.

2. Clásico español — Antonio Machado
 - Machado, Antonio. *Campos de Castilla*. Renacimiento, Madrid, 1912.
23. Encarna Gómez Valenzuela ↔ Antonio Machado 95
 1. Poeta contemporánea — Encarna Gómez Valenzuela 93
 - Gómez Valenzuela, Encarna. «En el nombre de la paz». En: *PAX TOTO ORBE TERRARUM*, Edizioni Universum, Trento, 2022.
2. Clásico español — Antonio Machado
 - Machado, Antonio. *Campos de Castilla*. Renacimiento, Madrid, 1912.
24. Patricia Vena ↔ Atahualpa Yupanqui 98
 1. Poeta contemporánea — Patricia Vena 97
 - Vena, Patricia. «Soldado». En: *PAX TOTO ORBE TERRARUM*, Edizioni Universum, Trento, 2022.
2. Clásico argentino — Atahualpa Yupanqui
 - Yupanqui, Atahualpa. *El payador perseguido*. Editorial Peña Lillo, Buenos Aires, 1957.
25. Juan Emilio Ríos Vera ↔ José María Pemán 102
 1. Poeta contemporáneo — Juan Emilio Ríos Vera 100
 - Ríos Vera, Juan Emilio. «Paz». En: *PAX TOTO ORBE TERRARUM*, Edizioni Universum, Trento, 2022.
2. Clásico español — José María Pemán
 - Pemán, José María. *Poemas*. Editorial Escelicer, Madrid, 1944.
26. Bella Clara Ventura ↔ Jacobo Fijman 107
 1. Poeta contemporánea — Bella Clara Ventura 105

- Ventura, Bella Clara. «Buenos y sabios vientos». En: *PAX TOTO ORBE TERRARUM*, Edizioni Universum, Trento, 2022.
- 2. Clásico argentino — Jacobo Fijman
 - Fijman, Jacobo. *Obras completas*. Ediciones Culturales Argentinas, Ministerio de Educación y Justicia, Buenos Aires, 1956.
- 27. Miguel Werner ↔ Jorge Luis Borges 111
 - 1. Poeta contemporáneo — Miguel Werner 110
 - Werner, Miguel. «Cielo de cuarentena». En: *PAX TOTO ORBE TERRARUM*, Edizioni Universum, Trento, 2022.
 - 2. Clásico argentino — Jorge Luis Borges
 - Borges, Jorge Luis. *El hacedor*. Editorial Emecé, Buenos Aires, 1960.